

LA VIDA PRESENTE Y LA FUTURA

FELIPE F. RAMOS

León

La Realidad suprema, el Autor de la vida, la Generatriz original, el Océano de energía acepta una serie de calificativos que se refieren al presente, unos, y otros al futuro. Es el Bien Supremo que, como tal, es difusivo de sí mismo a cuantos se abren a Él. El presente artículo intenta descubrir lo que debemos aceptar en el ahora, sin perder de vista lo que nos espera después, el parecido o ensayo correspondiente en el que vivimos con el que viviremos. A ello hace referencia nuestra creación a imagen y semejanza de Dios, lo mismo que la distinción entre lo sensible y lo perceptible, a aquello que trasciende nuestras experiencias sensoriales.

PALABRAS CLAVE: Vida presente y futura, vida eterna, escatología, esperanza cristiana, creación del hombre, atributos divinos, diablo, sacro, profano.

The Supreme Reality, the Author of Life, the Original Generatrix, The Ocean of Energy can be described with different words, some of them referring to the present and others, to the future. He is the Supreme Being given out to those who are open to Him. The current article tries to find out what we have to accept at this moment without forgetting the future. Our creation in the image and likeness of God makes reference to it and it comes to the same thing the distinction between the perceptible and the reality that goes beyond our sensorial experiences.

KEY WORDS: Present Life, Future Life, Eschatology, Christian Hope, Creation of Man, Divine Attributes, Devil, Sacred, Profane

I. INTRODUCCIÓN

Cuando un ser querido se ha ido de entre nosotros, nuestros amigos se esfuerzan en consolarnos diciendo “así es la vida”. Pues no, la vida no es así. Sólo lo es cuando nuestra existencia terrena no es la única posible. Pero el título elegido para este artículo, o

más bien colocado aquí después de la elaboración del mismo, sitúa el sustantivo “vida” en una doble perspectiva: la primera la califica de actual, presente, transitoria y terrena, y la otra hace referencia a la vida como futura, venidera, permanente, imperecedera o celeste. En cualquier caso, los calificativos aplicados al sustantivo “vida” nos obligan a pensar en la existencia de dos formas diversas, de tiempos distintos, de contenido diferente, por lo que se refiere al sustantivo al que son aplicados. El sustantivo sigue siendo válido. Lo son también los calificativos situados en el momento adecuado al que pertenecen y que los constituye en aquello que expresan.

El presente artículo tiene como centro de gravedad tanto el sustantivo como los adjetivos calificativos que ella sustenta. De momento, debemos exponer aquello en lo que coinciden calificativos tan distintos al sustantivo al que son aplicados. Para ello recurriremos a una especie de dos apartados. En el primero, desarrollaremos aquello en lo que coinciden; es el primer punto.

Vendrán, a continuación, otros puntos que matizan la diferencia entre el primero y el segundo apartado.

1. COINCIDENCIAS DIVERGENTES ENTRE LAS DOS FORMAS DE VIDA

a) La vida, de forma absoluta, *es una realidad cuya oposición radical es la muerte*. En su forma actual la vida se desarrolla progresivamente. Es el don concedido por Dios con el doble aspecto de transitoriedad-permanencia; promesa-cumplimiento; imagen-realidad; sombra-perfección. El NT recurre a muchas imágenes para expresarla: pertenece al Reino, a la verdad, a la luz, a la vida, al mundo de arriba; es paz, alegría, liberación, gozo. Imágenes procedentes de nuestra experiencia y perfectamente legítimas para expresar el *ensayo de una vida querida por Dios* y que parezca y se acerque a la suya. Los puntos siguientes (ocho en total), sobre la base de lo expuesto, intentan precisar las características de la vida eterna.

La vida de los cristianos está centrada en el “sí” constantemente renovado a la situación en la que hemos sido redimidos por Cristo en la muerte; en la entrega incesantemente ordenada a la superación

y a la muerte del “hombre viejo” (el dominado por los instintos y concupiscencias); al cumplimiento del designio o del plan divino que nos ha ordenado a “estar muertos al pecado”; a “vivir para Dios como quien está muerto al pecado; a “no vivir según la carne (con la que se designa lo anti-divino), que lleva a la muerte; a *“buir de todo aquello que provoca la ira divina”* (Rom 6,11.13; 8,13; Col 3,5).

b) La vida eterna *no es continuidad de la temporal*. Esto significaría inmortalidad, no vida eterna. Lo opuesto a la vida eterna no es la vida temporal, sino la muerte eterna. Ésta es consecuencia del señorío del pecado (considerado como poder anti-divino personificado). La vida eterna es *el don de Dios regalado en Cristo* (Rom 6,22-23): *“Mas ahora, libres del pecado y esclavos de Dios, tenéis como fruto la santidad; y el fin, la vida eterna. Porque la muerte es el sueldo del pecado, pero el don de Dios es la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro”*; el pensamiento se desarrolla a lo largo de todo el capítulo citado y, en general, en la exposición del pensamiento paulino.

Durante nuestra vida terrena, el “morir al hombre viejo” no alcanza nunca la finalidad intentada. El anhelo, el deseo e incluso el intento de verse libre del “hombre viejo”, de la forma terrena del hombre con sus apetencias y concupiscencias, se cumple plenamente en la muerte corporal. Ella cumple la promesa que Cristo selló para cada uno en el bautismo. La muerte lleva al creyente *a la libertad de los hijos de Dios*. Ella traslada a los cristianos desde la lejanía de Cristo en la existencia terrena a la vida plena en Él: *“Por ambas partes me siento coaccionado, porque, por un lado, deseo morir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor...”* (Flp 1,23). *“Así estamos siempre confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión”* (2Co 5,6ss).

Cierto que esto no lo puede la muerte por sí misma. Sólo en la fe en el evangelio reconoce el cristiano que el “no” de Dios, tal como el creyente lo experimenta en la muerte, en realidad coincide con el “sí” de su voluntad salvadora. El juicio de la muerte está al servicio de la creación del hombre nuevo. Dicho de otro modo: el “no” de

Dios rechaza una vida indigna de permanecer y el “sí” abre otra en la que la existencia humana se convierte en la participación en la Vida¹.

c) La vida eterna consiste en *la perfección de la comunión con Dios* tal como le ha sido concedido al hombre en Jesucristo y gracias a su acción salvadora, y el creyente lo ha aceptado en la fe. Entramos en la descripción de la vida eterna dejando las imágenes de la misma y recurriendo al lenguaje directo. La vida eterna es *la vivencia de Cristo resucitado*, de la participación que Dios le ha dado en la intimidad de su vida, de la otra forma en la que la gloria-*doxa* (subrayamos la palabra griega por el denso contenido incluido en ella) significa el modo de ser del Resucitado (como reflejo de la forma del Resucitador). *“Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él” (Col 3,4).*

Esto significa la plena manifestación de Dios en Él y, como consecuencia, también la de todos aquellos que viven unidos a Él, que viven una vida como la suya: *“Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2).*

Es la vida en Cristo: *“Por ambas partes me siento urgido, pues por un lado deseo morir para estar con Cristo que es con mucho lo mejor...” (Flp 1,23;* el texto aparece con frecuencia por razón de su importancia). Esto significa vivir en el mismo “lugar” donde él vive, en la Casa de Dios, por utilizar una metáfora “espacial” (*Jn 14,3.24*). Estas formas diversas de descripción significan lo mismo: Vida junto al Padre, igual a Él, en el pleno conocimiento de su amor: *“Ahora vemos como en un espejo y obscuramente; entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido” (1Co 13,12 a)*, en la plena entrega a él, en plena conformidad con su voluntad; por tanto, en la plena libertad frente a la Ley, al pecado, a la enfermedad y a la muerte.

1 F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Escatología*, en *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Burgos, Monte Carmelo, 2001, 350-351.

La vida eterna clarificará la oscuridad de la fe o elevará ésta a la visión, como afirma el texto citado de Pablo (*1Co 13, 22*); hará desaparecer el conocimiento imperfecto de un Dios antropomorfo al verle “cara a cara”, es decir, al llegar a la visión directa y no quedarse en las especulaciones y el cálculo sobre su forma de ser, que resulta de verle de espaldas (de forma confusa, imperfecta e imprecisa, como vemos a las personas “de espaldas”) como Moisés (*Ex 33, 20-23*); superará la fase de una vida sometida a la prueba, a la tentación y a la lucha; nos proporcionará el señorío o dominio permanente del santo amor de Dios en los redimidos.

d) Como plenitud de la comunión de amor con Dios, la vida eterna hará que *la comunión mutua se convierta en una realidad consoladora*; más allá de la bella teoría nos alcanzará la perfección derribando las fronteras externas –distancia en el tiempo y en el espacio– y las internas –exclusivismo egoísta y pecador–; nos llevará a una auténtica alteridad elevada, perfecta; más allá de los ensayos defectuosos viviremos la comunidad de la unión íntima y profunda de un Cuerpo cuya vida es comunicada sin ningún tipo de limitación a todos los miembros adheridos a él.

La superación o sustitución de la escatología futurista no significa la negación de la escatología. El futuro se acentúa al poner de relieve que la muerte no es el final de la fe, sino que *la fe es el final de la muerte*. Según la escatología joánica, la muerte no puede quitar a la fe su futuro seguro. Porque la fe permanece, necesariamente permanece, según la escatología joánica, más allá de la muerte².

La escatología no sólo es inseparable del futuro de la fe, sino que es el futuro mismo de la fe. Si Jesús se va de entre nosotros, no es para separarse, sino para posibilitar una unión más íntima y profunda: para “prepararles un lugar”; para que pueda producirse un re-encuentro en una comunión de vida más perfecta; para que su vida, participada por los creyentes, se vea libre de los condicionamientos y limitaciones que la cercenan actualmente; para que

2 S. SCHULZ, *Das Evangelium nach Johannes*, en *DNTD*, Göttingen Vandenhoeck & Ruprecht, 1972, 221: “*Der ist nicht das Ende des Glaubens, sonder der Glaube das Ende des Todes*”.

puedan contemplar su gloria, disfrutando al ver en él la plenitud de la divinidad (que eso es la gloria-*doxa*), que ahora sólo puede ser intuita muy imperfectamente; para estar en el “lugar” donde él se encuentra, gozando de una vida de comunión con el Resucitado, más allá de la muerte.

e) La perfección en el amor no significa absorción de la personalidad, sino *promoción de la misma hasta el límite de lo posible*; junto al “yo”, liberado de sus ambiciones egoístas, vivirá el “tú” con idéntica generosidad; el yo y el tú descubrirán y vivirán la relación de máxima intimidad con Dios, gracias a la plena revelación de Dios en ellos; se gozarán con un Dios que les quiere navegando en el bello e infinito mar de su amor sin convertirlos en gotas inconscientes de un movimiento eterno de flujo y reflujo.

La despedida de Jesús tiene un pleno sentido soteriológico-salvador en el re-encuentro, en la comunión de vida más perfecta, permanente, y sin ninguna clase de condicionamientos, que Cristo ha prometido a los creyentes. Si él se va de entre los suyos, es para preparar un encuentro de distinta naturaleza al que hasta ahora ha mantenido con ellos: una vida de comunión mutua a salvo de toda imprevisible contingencia (*Jn 14,2-3*). Ciertamente que “los suyos” han visto ya *su gloria* (*Jn 1,14*), pero esta visión fugaz y transitoria de la gloria apunta y exige la visión permanente y el disfrute sin límites de la misma. La frase central para la comprensión de la escatología joánica es la siguiente: “*Quiero que donde esté yo, estén también ellos conmigo para que vean mi gloria*” (*Jn 17,24*). Esta visión de la gloria es idéntica y, al mismo tiempo, distinta de la afirmada en el prólogo (*Jn 1,14*).

La cita anterior (*Jn 17,24*) nos sitúa en el futuro mismo de la fe. Pero no utiliza ni el lenguaje ni las esperanzas mesiánico-apocalípticas que cuentan con la exaltación de Sión. No estamos ante el triunfo mesiánico-apocalíptico de las doce tribus de Israel, que tendría lugar cuando el Hijo del hombre viniese sobre las nubes del cielo. Lo que aquí se promete y espera es *la visión futura del Revelador más allá de la existencia terreno-corporal de los creyentes*. El interrogante sobre lo que el creyente debe esperar del futuro, el evangelio de Juan lo contesta así: el creyente no debe esperar del futuro algo distinto

de lo que ya posee. Pero esto no significa una debilitación o merma de la esperanza, sino, más bien, una reafirmación salvífica positiva de la misma.

La escatología joánica tiene como punto final de partida y de destino un concepto fundamental de *la revelación en cuanto auto-manifestación de Dios para introducir al hombre en el misterio de su vida y comunión*. Esto significa que la presencia del Hijo es la plenitud de la revelación y que la adhesión a su persona es el *acontecimiento escatológico decisivo*. Lo único que falta es que dicha adhesión se haga definitiva en el momento en el que la unión ya no puede ser rota por las diversas incidencias del mundo. No es necesario esperar al último día con el consiguiente drama cosmológico imaginado por la apocalíptica judía para describir ese día. Lo decisivo es la evaluación continuada que se hace teniendo en cuenta la actitud, reacción y decisión del hombre ante Dios, que se nos manifiesta y se nos comunica³.

f) La vida eterna nos proporciona la máxima proximidad con Dios. Nos hace tomar conciencia de *la infinita distancia que nos separa de él*. No seremos divinizados. Comprenderemos la máxima grandeza a la que ha llegado una criatura insignificante gracias a la altura inimaginable a la que Dios la ha elevado. Seguiremos siendo sus criaturas, sus siervos “cualificados” –no inútiles como leemos en algunas versiones del evangelio–, plenamente conscientes del amor, gratitud y adoración que le debemos. La adoración nocturna se convertirá en perpetua adoración diurna, porque la realizaremos a la plena luz del *Hoy* de Dios.

“Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que les amas a ellos como me amas a mí” (Jn 17,23). Así es como la unidad es llevada a su consumación escatológica futura. La unión celeste, más allá de la tierra, se consumará en la unión definitiva de la comunidad escatológica en el mundo de la gloria y de la luz donde ellos, con su

3 F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Escatología Existencial. (El Cuarto Evangelio)*, en *Salmanticensis* 23 (1976) 197.

Señor, estarán libres del odio del mundo y de toda clase de división. Esta presentación escatológica acentúa, así, algo que es absolutamente intangible: *el futuro de la fe*.

g) La vida eterna nos introduce de lleno *en el conocimiento de Dios*. Pero nos hará plenamente conscientes de que el ojo humano no puede penetrar el misterio oculto de Dios, “la visión” de Dios (*Mt 5,8; 1Jn 3,2*); el “*conocer como soy conocido*” (*1Co 13,12*), no eliminan la inaccesibilidad en la que Dios habita: “...*el único inmortal, que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni puede ver, al cual el honor y el imperio eterno. Amén*” (*1Tm 6,16*)⁴. No obstante nunca agradeceremos suficientemente la siguiente frase de Jesús: “*En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones*” (*Jn 14,2*): *hay lugar y acogida cariñosa para todos los que quieran entrar en ella*.

Y la frase citada es sorprendente porque nos ofrece una representación “espacial” de la Vida, del Reino, de la familia de Dios. Es la primera vez que esto ocurre así en el NT. Sabemos que es una imagen, una metáfora, un símbolo. Pero el problema no termina ahí. Debemos hacernos la pregunta siguiente: ¿es tan desafortunada la comparación, si tenemos en cuenta que es un recurso literario para expresar realidades más profundas e incomprensibles a las que sólo podemos acercarnos con aproximaciones remotas y tímidas?

La casa es la síntesis de la vida, de la familia, de la paternidad, de la maternidad y fraternidad como bienes incomparables, de las grandes alegrías e ilusiones compartidas, de los proyectos acariciados que llevarán al esfuerzo común y a la generosidad ilimitada; donde, en contrapunto, se halla el rescoldo estimulante para la superación de las contrariedades experimentadas. Si de una casa pudiera ser eliminada la última realidad mencionada, entonces la casa indicaría el lugar perfecto, aunque perdiese en humanidad.

Teológicamente hablando, es más exacto decir que Dios es padre o madre, creador, eterno, providente... Pero, humanamente, su representación como el Dueño de la casa le hace más cercano, más

4 P. ALTHAUS, *Tod*, en *RGG, IV, Dogmatisch*, col, 918.

cariñoso, más amable, más preocupado por todos los problemas que surgen en la casa. Por eso, quiero agradecer al cuarto evangelio, al águila que en su vuelo solemne se sube y se pierde en las alturas, al presentador de la “alta” cristología... que nos haya hablado de la casa del Padre. Entre otras razones porque es, también, la nuestra; porque en ella habrá sitio para todos los que llamen y deseen entrar en ella a cualquier hora de su último día. En la casa del Padre nos encontraremos con los seres queridos que nos han adelantado y viven en la misma Casa.

h) La vida eterna, de modo semejante a la temporal, *es la misma para todos los que participan en ella*. A todos les es concedido el mismo y único don de Dios, sin un más o un menos. Dios no puede ser más o menos de lo que es. Él es, no tiene. Él no da, se da. Pero, dentro de la igualdad de vida para todos los redimidos, Dios establece grandes diferencias. Como en la vida presente. Dentro de su identidad esencial existen diversas aptitudes, distintos quehaceres y responsabilidades, diferentes carismas.

También en la vida eterna habrá diferencias teniendo en cuenta la medida e intensidad de las obras de fe, la fidelidad en la respuesta a la vocación divina, la generosidad en el servicio a los demás, el trabajo realizado en la plantación de Dios (*1Co 3,8*), el mayor o menor valor de los materiales empleados en la construcción de la Casa de Dios (*1Co 3,12-13*). Las diferencias en la vida eterna lo serán “en la gloria”, en el honor “de los elegidos”. Precisamente por eso no podrá crear envidias ni podrán aducirse agravios comparativos.

Entrarán en *el descanso* aquellos que aceptaron la invitación a realizar el esfuerzo requerido para llegar al reposo o la paz definitivos tras la conquista de la tierra prometida. Dios ha construido una Casa para el descanso del hombre. Una Casa tan singular que en ella son inseparables el edificio, el Arquitecto y el Constructor de la misma. Aquí no puede separarse el proyecto de su ejecución. Ni de su finalidad, que es el descanso de *todos los fatigados, cargados y cansados*. El Dueño de la Casa les ofrece a todos el descanso (*Mt 11,28*). Y el que entra en el descanso, también descansa de sus obras, como Dios descansó de las suyas. “*Démonos prisa a entrar*

en este descanso a fin de que nadie caiga en ese mismo ejemplo de desobediencia” (Hb 4,10-11).

El punto de referencia para la comprensión del desarrollo enigmático que hace la carta a los Hebreos (*Hb 3 y 4*) es la historia de la liberación de Egipto (= la esclavitud) y la entrada en el descanso (= posesión de la tierra prometida). La dialéctica es la siguiente: Dios hace las promesas; el pueblo es infiel; Dios retira, mediante juramento, la palabra dada: “no entrarán en mi descanso”. Pero como el lugar de descanso, la Casa, estaba preparada, la palabra se dirige ahora a los que se hallan bajo la guía de Jesús (como nuevo Josué; los nombres, Jesús y Josué tienen la misma raíz etimológica y el mismo significado: libertador, salvador, guía, pionero).

La Casa construida no puede quedar vacía. El puesto que dejaron libre los que no entraron por su infidelidad, debe ser ocupado por aquellos a los que Dios concede un “hoy”: “... *si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la rebelión” (Hb 3,7.15). “Porque si Josué les hubiera introducido en el reposo, no hubiese, después de esto, hablado de otro día” (Hb 4,8). “Porque en algún pasaje se dice a propósito del día séptimo: Y descansó Dios el día séptimo de todos sus trabajos. Y de nuevo en el mismo pasaje: “Jamás entrarán en mi descanso” (Hb 4.4-5).*

De las dos afirmaciones precedentes se deduce, una vez más, que el AT quiere decir más de lo que afirma, y consiguientemente que, una vez más, se convierte en promesa. El descanso en el que Josué introdujo a su pueblo, el acontecimiento de la conquista de la tierra prometida, no respondía, o por mejor decir, no agotaba la palabra que Dios les había dado. Fue, más bien, un signo que apuntaba a una realidad más perfecta en la que se cumpliera la promesa de un descanso definitivo. Lo conseguido por Josué fue un anticipo imperfecto y provisional, como lo demuestra la realidad belicosa en medio de la que vivió siempre el pueblo. La prueba histórica se halla confirmada por la Escritura: “*Queda, pues, que algunos han de entrar en el descanso, y no habiendo entrado los primeramente invitados a causa de su incredulidad, de nuevo señala un día, un hoy*”, declarando por David después de tanto tiempo lo que arriba queda dicho: “*Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hb 4,6-7).*

El descanso prometido debe ser perfecto y definitivo, como el de Dios mismo y a su semejanza: habitar en su Casa, disfrutar de su gloria, participar en el bien familiar cuya cabeza es él mismo: “Y el que ha entrado en su descanso, también descansa de sus obras, como Dios descansó de las suyas” (Hb 4,10).

El “hoy” que Dios prometió entonces sigue abierto para los creyentes (y para todos aquellos que están abiertos a la realidad divina invitadora). En este “hoy” se halla condensada la infidelidad-desobediencia (que fue la causa por la que muchos no entraron en el verdadero descanso) y se estimula la fe de aquellos a quienes se ofrece el “hoy” cargado de esperanza; se pone ante los ojos de los lectores el ejemplo de Dios, que descansó después de haber terminado su obra (Gn 2,2; Hb 4,10), y el de Jesús, que “penetró en los cielos” (Hb 4,14), es decir, que llegó hasta la Casa, al Descanso o a la Gloria de Dios.

i) Describir *la forma de la vida eterna* resulta incluso más difícil que definirla. ¿Cómo entender una vida plena, perfecta, sin aspiraciones, sin tensiones, sin movimiento hacia nuevas consecuciones, sin el temor de perder lo ya alcanzado... y que, a pesar de todo, siga siendo vida? El problema es absolutamente real. Pero no es distinto del problema del Dios mismo, cuya vida no podemos imaginar. Si existe alguna comprensión de este misterio tenemos que salirnos del campo de la competencia humana y emprender el camino de los senderos y vericuetos plagados de sorpresas de dificultades insalvables⁵.

La vida eterna pertenece a *la jurisdicción de la escatología*; abre nuestra mirada al futuro; acepta lo inimaginable al menos como posibilidad. La vida eterna no difiere del reino de Dios que él inicia como sembrera. La cosecha se llama vida eterna. Pero es una cosecha sembrada y cultivada. En este terreno el primero de los puntos mencionados en este desarrollo establece el *fundamento de los nueve restantes*.

5 H. A. MERTENS, *Aspectos literarios, históricos y culturales*, en *Manual de la Biblia*, Barcelona, Herder, 1989, 706-710.

Para la fe, el reino de Dios es presencia; también lo es para la vida eterna. Cristo fue la presencia de Dios en nuestro mundo; trajo la gracia y el perdón de los pecados; la misma finalidad persigue la vida eterna; donde hay perdón de los pecados hay vida y bienaventuranza; esto lo ofrece en plenitud la vida eterna. Acabamos de decir que el primero de los puntos mencionados en este desarrollo establece el fundamento de los nueve restantes.

j) Del conjunto de todas las reflexiones anteriores se deduce que puede hablarse de la vida eterna en el presente, aunque sea una realidad futura: es futuro y presencia, misterio de fe que será revelado y que actualmente se manifiesta en la fe y en las obras.

Entre los senderos y vericuetos plagados de sorpresas y de dificultades insalvables se halla *el rodeo de la mística*. Es la mejor presencionalización de la vida eterna. Sólo quien pueda decir “*ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*” (*Gal 2,20*) o quien pueda escuchar que “*el Hijo en el que creemos, es la plena manifestación del Padre o de la vida eterna*” (*Jn 14,10-11*) o quien se decida a esperar como verdaderas las palabras de Jesús en su oración al Padre: “*Quiero que estén donde yo voy a estar... para que vean mi gloria*” (*Jn 17,24*), sólo él verá con claridad ya en este mundo la vida eterna con la visión “experiencial” o “vivencia” que supera toda certeza.

2. ENSAYO Y TRÁNSITO DE UNA FORMA DE VIDA A LA OTRA

El presente título se halla justificado desde el suceso de la muerte. Cuando aquí hablamos de ella, no la consideramos como un suceso natural, como una consecuencia de la mortalidad humana; ni siquiera se nos ocurriría pensar en ella como una derivación de un pecado cometido en el pasado cuya gravedad hizo perder al hombre el privilegio de la inmortalidad. Afortunadamente esta inverosímil y curiosa historia pertenece a un pasado ansioso del control absoluto de lo que Dios hizo y de lo que el hombre deshizo.

Consideramos la muerte a la luz del evangelio. Lo mismo que la Biblia consideró la amenaza de la muerte dirigida a los primeros padres si comían del fruto del árbol prohibido desde la gracia de la

amistad divina. Pecaron y no murieron. Por tanto, no se trataba de la muerte física. Pues bien, considerada la muerte a la luz de la gracia salvadora de Dios, se convierte, no en la separación del alma y del cuerpo, sino en el alejamiento de una vida inseparablemente unida al pecado, que comporta una obediencia quebradiza frente a Dios. La forma de vida cristiana previa a la muerte se mueve siempre entre la fe y la infidelidad. En ella no se realiza una santificación plena ni una comunión perfectas en el amor como ocurre en la vida eterna. La transición a una existencia “más allá del tiempo” es algo así como *el paso de frontera* al “lugar” en el que no encontraremos nada que declarar en contra de nuestra nueva vida.

La adhesión a Cristo mediante la fe, la aceptación santificadora del evangelio, inicia en el creyente una total “*muerte al hombre viejo*” (Rom 6,3ss; Col 3,3); una guerra incesante frente a todo lo anti-divino, que quiere convertirse en principio determinante de la existencia humana; sacar al hombre del ámbito de la gracia e introducirlo en el del pecado; hacer que la propuesta divina de hacer un hombre nuevo fracase y que siga adelante “el hombre viejo”. El paso de la frontera significa la superación de estas contradicciones entre el “hombre nuevo y el viejo” que son inevitables mientras vivimos la vida terrena, antes de pasar la mencionada frontera.

La vida de los cristianos está centrada en el “sí” constantemente renovado a la situación en la que hemos sido colocados por Cristo en la muerte; en la entrega incesantemente ordenada a la superación y la muerte del “hombre viejo”; al cumplimiento del designio divino que nos ha ordenado “estar muertos al pecado”, a “*vivir para Dios como quien está muerto al pecado*”, a “*no vivir según la carne, que lleva a la muerte*”, a “*huir de todo aquello que provoca la ira divina*” (Rom 6,11.13; 8,13; Col 3,5).

Durante nuestra vida terrena, este morir no alcanza la finalidad intentada. El anhelo, el deseo e incluso el intento de verse libre del “hombre viejo”, de la forma terrena del Hombre con sus apetencias y concupiscencias, se cumple plenamente en la muerte corporal. Ella cumple la promesa que Cristo selló para cada uno en el bautismo. La muerte lleva al creyente a la libertad de los hijos de Dios. Ella trasla-

da a los cristianos desde la lejanía de Cristo en la existencia terrena a la vida plena en él.

“Por ambas partes me siento coaccionado, porque, por un lado, deseo morir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor” (Flp 1,23). “Así estamos siempre confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión” (2Co 5,6ss).

Cierto que esto no lo puede la muerte por sí misma. No sería auténtica liberación de uno mismo, ni el cumplimiento de ser libre para Dios si fuese el fin en la nada. La aniquilación, la extinción del ser no sería la salvación prometida en el evangelio. Esta depende del reverso de la medalla de la muerte, que es la resurrección. Solamente así puede ser el nacimiento de la vida eterna.

No existe una oposición entre la muerte considerada a la luz de la ley y a la luz del evangelio, sino que constituyen una unidad en la voluntad y actuación de Dios. En la fe, en el evangelio reconoce el cristiano que el “no” de Dios, tal como el cristiano lo experimenta en la muerte, en realidad coincide con el “sí” de su voluntad salvadora. El juicio de la muerte está al servicio de la creación del hombre nuevo. Dicho de otro modo: el “no” de Dios rechaza una vida indigna de permanecer (e impotente absolutamente para hacerlo) y el “sí” abre otra en la que la existencia humana se convierte en la participación en la Vida.

La gracia del evangelio devuelve a la muerte el sentido original del creador. Aunque permanece la necesidad de la muerte de la criatura, sigue siendo válido el *“La muerte se ha convertido en mi sueño”* (Lutero). Al menos en dos ocasiones, Jesús recurrió al sueño como eufemismo de la muerte (en el caso de su amigo Lázaro y con motivo de la resurrección de la hija de Jairo).

Los tres sentidos de la muerte: suceso humano (el hombre destinado a la muerte por su misma naturaleza mortal); considerada a la luz de la ley (es la palabra de Dios al pecador, incapaz de cumplir la ley) y a la luz del evangelio (a la luz de la gracia salvadora del evangelio), no se resuelven estableciendo entre ellos una sucesión cronológica. Mientras estamos en camino, todavía no liberados del

todo del pecado, la muerte tiene simultáneamente los tres sentidos para nosotros: orden original de Dios, expresión del juicio, gracia de la liberación final⁶.

3. LA SEGUNDA FORMA DE VIDA ANTICIPADA EN LA PRIMERA

La presencia de Cristo en nuestro mundo hizo que las cosas últimas, las novísimas o *los novísimos*, esperados para el fin de los tiempos, de la humanidad, de la historia, del mundo... cambiasen radicalmente de perspectiva.

a) Si él es la última intervención de Dios en la historia, el *Ésjaton* por excelencia, todo lo relativo a las cosas últimas, las *ésjata*, debe ser visto desde él y se halla condicionado y cuestionado por él. La respuesta exigida desde “el reino de los muertos” del AT, y de la fe judía, las creencias de los espíritus, la localización del cielo o del infierno... perdieron toda su discutida entidad y las situaron en el terreno de nuevos planteamientos que incluso Juan Pablo II reconoció, al menos parcialmente. En realidad, la escatología –porque, al fin y al cabo, de eso tratamos en este punto– exige de la fe cristiana una concepción más personal, menos cosificada, verdaderamente existencial y no tan estatificada, más protagonizada por la actitud del hombre ante Dios, su Reino y las exigencias apremiantes del mismo que las impuestas por el imperio de la ley férrea, incomprensible e inhumana en muchos casos⁷.

Lo que se halla implicado en el título del presente apartado “*La segunda forma de vida anticipada en la primera*” expresa en profundidad la aproximación que hemos hecho en esta breve introducción. Cuando hablamos de la segunda forma de vida nos referimos a aquella que comienza el mismo día de nuestra muerte. Pues bien, esta segunda forma de vida se halla anticipada en la primera, en el

6 P. ALTHAUS, *Eschatologie, O. c.*, col. 682.

7 Cf. John Hick, en su conferencia sobre *Cristo en el contexto de las religiones del mundo*, recientemente publicada en la Universidad de Deusto y que ha llegado mecanografiada a mis manos.

ensayo que hemos hecho mediante nuestra vivencia de la fe cristiana mientras vivimos en este mundo. Sencillamente porque el futuro que esperamos se ha hecho presente, se ha convertido en un acontecimiento actual que, además, es el verdaderamente determinante de la existencia cristiana. Ella gira y está polarizada en torno a un presente anticipador del futuro⁸.

b) Mi segunda forma de vida comienza en el momento del final de mis días. A esto lo llamamos muerte. Se acabarán mis días; terminarán mis conocimientos de la vida presente; cesará mi laborioso esfuerzo por penetrar el sentido de aquello que me ha impulsado a caminar. Si esta descripción reflejase mi última realidad sería demasiado trágica. Afortunadamente no es así. Este final genera el principio de lo que yo no sé de la vida, de la Vida creída, incoada y, de algún modo, experimentada. Es el génesis, el principio de la Biblia y de la vida. Es mi último día bíblicamente hablando. Dios habla de ese día como de su día, *el día de Dios* (2Pe 3,12; Ap 16,14). Los que hablaron de él, por ejemplo en los dos textos últimamente citados, lo hicieron con la frondosa y pavorosa imaginaria apocalíptica, al estilo del “dies irae”.

El NT considera como intercambiables las expresiones siguientes: “*El día de nuestro Señor Jesucristo*”, o simplemente. “*el día de Cristo*”, “*el día del Señor*”. Ese día se halla acompañado casi siempre de una precisión: “el día del juicio” o “el día del gran juicio”, “el día del Mesías”, “el día del Elegido”, “el día del Siervo”.

Cuando hablo del final de mis días, del tiempo último, con estas referencias no controlables por medios humanos, estoy afirmando que me muevo en el día de Dios. No en su tiempo, porque su ser se caracteriza por la atemporalidad. Lo mismo que yo, cuando participe plenamente en su día. Mientras llega ese momento, el día de Dios, “lo temporalizo, lo historifico, lo personalizo” en mi existencia humana. Mi último día presupone que Dios me sitúa en el suyo mediante la resurrección. Lo mismo que hizo con su Hijo. Mi último día

8 F. FERNÁNDEZ RAMOS, *El final del camino, El Nuevo Testamento y los acontecimientos últimos*, Salamanca, UPSA, 1999, 138ss.

es el paso de un día a otro, del día marcado por el tiempo y el espacio, *al día sin fronteras de tiempo y espacio*. El primer día comprende todos mis días, todo mi camino, largo o corto; mi último día carece de plural. *Es el único día*.

La luz, que servía para separar los días, tendrá otra misión muy distinta: la de unirlos en uno solo. Mi último día es el día de la Luz. Es el día de Dios, que es la luz; es el día que la reflejó personalmente aquel que se presentó, diciendo: “*Yo soy la luz*” (Jn 8,12; 9,5); es el día de cuantos la vivieron como luz derivada: “*Vosotros sois la luz del mundo*” (Mt 5,14; 1Tes 5,5): Es la luz, el lucero sin ocaso, como anuncia el pregón pascual, *lucifer que nescit occasum*, al presentar y escenificar a Cristo como luz nueva. Es la luz que disipa las tinieblas, como espectro de miedo y de muerte, que se atrevieron a hacer su presencia cuando se apagó la vida y la alegría en la tarde del Viernes Santo, hasta que fueron derrotadas por la luz de Dios y de Cristo y de cuantos encienden su lámpara en el cirio pascual.

Mi último día se diferenciará de los otros en que, cuando aparezca, ya no se oscurecerá, no se pondrá el sol, las tinieblas se alejarán definitivamente, el reloj no me empujará despiadadamente hacia otro día cargado con similares inquietudes a las que tuve que afrontar en el que acaba, ni el calendario me amenazará con otro día más o menos agitado de su existencia. Me quedaré gozosamente, sin nerviosismos ni apresuramientos, *sin stress*, en el *Día* iniciado, en el *Dios de Dios*. Mi último día no sería imaginable siquiera, si no hubiese sido preparado por Dios. Más aún, si Dios no me hubiese concedido la posibilidad de ensayarlo, aunque haya sido mediante acercamientos distantes y defectuosos. Estos diversos ensayos podrían ser considerados como preparación o anticipación del mismo, como recorrido del *Camino* que me conduce a él.

c) La inseguridad del terreno que pisamos exige una “*iniciación*” *para poder caminar con cierta seguridad, aunque sea rodeados de tinieblas...* Entendemos aquí por “*iniciación*” la utilización de un mapa en el que aparezca el mundo de lo desconocido que pretendemos descubrir. Todas las religiones tienen como punto de partida esta iniciación. En el cristianismo nos parece particularmente clara y significativa. La llamamos *Espíritu*; se halla vinculado al

bautismo; y éste, iluminado por aquél, nos introduce en el misterio de lo desconocido haciéndonos participar en ello (*Rom 6,2ss; 8,11.24*): la vida cristiana iniciada en el bautismo por la acción del Espíritu y perfeccionada en la existencia cristiana gracias a la misma *fuerza divina*.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, el Espíritu se halla vinculado indisolublemente al bautismo. Hablamos, por tanto, de una iniciación que no sólo nos descubre lo desconocido, sino que *nos lo acerca*; crea entre el explorador y lo hallado una simbiosis vital; lo que buscamos se convierte en *el Encontrado*; el hallazgo genera una relación personal que garantiza la Vida después de la vida; después de la muerte hay Vida, la Vida eterna, así calificada por ser la misma del Eterno, que es inaccesible a la muerte. Hemos entrado en el terreno más amable de la fe, aunque probablemente, sea el menos especulativo: *Si después de la muerte no hay Vida, ¡Dios no existe!*

Para san Pablo era evidente: *“Si Cristo no resucitó, nuestra predicación carece de fundamento e igualmente vuestra fe” (1Co 15,14)*. Y tan evidente, o más, lo era para el cuarto evangelio: *“Os aseguro que el que escucha mis palabras y cree en el que me ha enviado, tiene la vida eterna; no será sometido a un juicio de condenación, sino que ha pasado de la muerte a la vida” (Jn 5,24)*

La iniciación, en *las religiones pre-cristianas*, significa que hay una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Existen los dioses, o existe el cielo, que es el lugar de los dioses? En *las culturas primitivas*, la Iniciación se suele hacer de forma muy estridente e *iniciar* significa hacerle a uno capaz de llegar a los dioses, pero de forma definitiva, es decir, hacerle a uno capaz de que le suceda lo que les sucede a los demás cuando mueren. ¿Y qué les sucede? ¡Pues que van a los dioses! En *el cristianismo*, ¿qué supone ser cristiano? ¡Ser hijo de Dios! Y ser hijo de Dios significa: Que ya estás en la dimensión de Dios. Entonces, ¿la muerte? Ya lo hemos dicho: *“Queda absorbida por la victoria”*; la de Cristo, naturalmente, de la que participa el cristiano. Creer en Dios no es otra cosa que creer en *la propia inmortalidad resucitada*.

Lo dicho sobre la “Iniciación” nos obliga a repetir que todo termina en la muerte”, si es terminal. Y que todo puede explicarse en la muerte si la muerte no es terminal. Entonces “el ser para la muerte” es ser para la Vida. Por eso Heidegger, cuando hablaba del ser para la muerte, anunciaba la grandeza del hombre, ¡que es un ser para la muerte! La muerte del hombre es el paso a aquel punto, a aquella Vida, que hace que esta vida sea vida. Si no hubiera Vida inmortal, esta vida no sería nada, y por eso es gloria y grandeza del hombre caminar hacia la muerte, porque la muerte es aquel donde la vida mortal se hace inmortal; luego morir es lo mejor que le puede pasar al hombre.

Dios existe porque somos inmortales, y somos inmortales porque Dios existe. Si no somos inmortales, si no hay resurrección de los muertos, dice san Pablo, vana es la fe, ¡no hay dioses! Aquel que duda de su persistencia en la vida, duda de su fe, no cree en Dios. Por eso los incrédulos dudan de la inmortalidad, o los que dudan de la inmortalidad son incrédulos, aun que se llaman cristianos.

La forma más fácil de afirmar que somos creyentes es admitir que *hay vida después de la vida*. ¡Nada más! Claro que hay otras muchas cosas más, pero todas están incluidas en ésta. Dicho al revés, ser creyente puede significar una serie de cosas, pero si las tales no están incluidas en que yo sobrevivo a mi muerte, ¿para qué las quiero? ¿A mí que me importa que Dios exista o no si yo, al final, acabo en cero? Para muchos, un Dios que se deleita creándonos y al final nos mata y nos deja en el olvido, en el polvo de la muerte para siempre, ¡ese Dios no nos vale!. ¿De qué me vale Dios si me muero al final? ¿De qué me vale Dios en la Iglesia y en los sacramentos si al final me muero?⁹.

d) *¿Esperamos del futuro la perfección de aquello que ya poseemos?* El ideal del futuro es una realidad presente, impregnada de múltiples mixtificaciones que la deterioran: mezcla de verdad y de mentira, de luz y de tinieblas, de bondad y de malicia, de vida ame-

9 A. AMBROSIANO, *Eucaristía*, en *Nuevo Diccionario de Teología I*, Madrid, Cristiandad, 1982, 485.

drentada por constantes enemigos que la restan euforia y plenitud, manifiestas y consoladoras realizaciones con graves errores humillantes que las deterioran.

La perfección que esperamos no se logrará mediante la purificación y eliminación que relativizan las cosas más hermosas que poseemos. Esto no basta. La participación en lo divino es fragmentaria. Es preciso que aparezca Dios en la plenitud de su Reino, que se haga realidad nuestra petición diaria: *Venga a nosotros tu Reino*; que se manifieste el señorío divino; que llegue el momento en el que se nos revele como el Señor de la vida, de nuestra vida, de todas las vidas y de todas las cosas.

e) Lo último nos ha sido anticipado en dos hechos: en la creación y en la redención. Ellos quedaron marcados por dos rasgos esenciales, por la *definitividad*, que les da su fundamento en el Dios inmutable, y por la *provisionalidad*, manifestada en la tendencia hacia el progreso y la perfección. De este modo la escatología se halla impregnada de lo ya existente y participado, por un lado, y de lo futuro hacia lo cual nos impulsan, por otro.

Tanto la creación cosmológicamente considerada como la creación bíblicamente contemplada, participan esencialmente de los dos rasgos que acabamos de mencionar. Ambas caminan hacia el futuro. Ambas se diferencian en que *la primera* está regida por unas leyes o por un proceso que, de un modo o de otro, la detendrá suspendida en un vacío absoluto o reducida al *big crunch* difícil de imaginar, mientras que *la segunda* no se encontrará con el freno puesto por el apagón de las estrellas y la consiguiente aniquilación de la energía creadora, sino que seguirá el ritmo de la Vida eterna a la cual puede asociarse el hombre que lo desee.

El hombre ostenta dos imágenes de Dios: la del *Dios creador*, que le estableció como el señor, mandatario y representante de su obra en el cosmos, y la del *Dios redentor*, que le destinó a participar plenamente de su vida inextinguible como premio a la buena administración de los bienes que le confiara. Ambas imágenes han sido pintadas sobre el fondo de su *creaturidad*. Así aparecen fusionadas.

La conservación, deterioro o perfeccionamiento de dichas imágenes ha estado condicionada por el esmero puesto por el hombre en su custodia, o por el descuido, que las ha expuesto a la minusvaloración del Artista original, que plasmó su arte en ellas y por el paso de un tiempo poco propicio a todo aquello que no pueda medirse con criterios de rentabilidad y eficacia. El apóstol Pablo nos ofrece, en una exposición singular, las dos imágenes fusionadas en una, contraponiendo en ella *la terrenalidad y la supratereñalidad*. (Pablo utiliza el término “celestialidad”, pero este vocablo ha adquirido para nosotros un tono un tanto peyorativo). La segunda debe integrarse en la primera. Ésta es el fundamento de aquélla¹⁰.

f) Es la cuestión de *la condición repentina*. El problema está precisamente ahí. ¿Puede deseársela un hombre que ha estado toda la vida disperso, atendiendo a todo menos a su yo, y en los últimos días o en los momentos postreros despedirse de todo lo que ha hecho a lo largo de su vida y concentrar la atención sobre el yo que se está enfrentando a él? No es posible. Mejor dicho, sí es posible, pero únicamente enfrentándose a una inmensa revolución interior y a un grandísimo sufrimiento. Lo que pretendemos acentuar es que lo indispensable, y lo más natural, es hacer de toda la vida un camino hacia la muerte.

Repitamos, una vez más, que el hombre es un ser para la muerte. La muerte no es un suceso puntual. El hombre, desde el momento de su gestación, empieza a morir. Somos lo que somos gracias a lo que llevamos enterrado de nosotros mismos y todo aquello que nos ha precedido y nos ha impulsado hacia la evolución humana, intelectual y espiritual. Seríamos unos verdaderos desgraciados si pensáramos siempre igual. ¡No habríamos salido del paleolítico!

Donde más se acentúa este quehacer humano es en la perspectiva intelectual. Repetir el pasado es quedar anclado en él. No haber enterrado lo que ya murió y llevar la muerte como algo fúnebre a la vista. Ser epígonos o repetidores es anunciar y vender muerte. La persona que vive estudiando o leyendo la literatura que utilizó en el

10 P. ALTHAUS, *Eschatologie, O. c.*, 687.

pasado sigue anclada en el pasado. Sigue muerto en aquel momento y la muerte no le ha servido de motor para seguir caminando en la vida. El hombre dejó de ser un ser para la muerte. Sencillamente está muerto.

Cuando afirmamos que la muerte es despedida, la estamos atribuyendo un papel que, en realidad, corresponde a la vida. Es ésta la que es una despedida constante. Dejamos unas cosas por otras, unos libros por otros, las máquinas de escribir por los ordenadores, los aperos rudimentarios para realizar paulatina y penosamente la cosecha por grandes cosechadoras admirablemente cómodas, el trato amistoso y permanente por destellos difícilmente humanos y egoístas... En los últimos 50 ó 60 años han ocurrido más sucesos trascendentales que en los otros dos millones de vida del hombre. Baste pensar en la velocidad con la que hoy nos trasladamos y nos comunicamos con el mundo entero: la visión que tenemos de los sucesos ocurridos en el mundo en el mismo momento en que acontecen. No hay distancias. Es preciso pensar en los cambios ocurridos en la historia, en las ciencias, en la medicina, en la cirugía, en la astrología y ¡ojalá en la teología!

La vida se nos escapa, sustrayendo de debajo de nosotros, pues la arena en que se apoyaban y de la que esperábamos una consistencia inquebrantable. La seguridad nos la da la muerte. Ella sigue moviendo nuestra vida hacia los dioses, hacia la Infinitud, hacia la Vida eterna. A estas realidades se llega por la "iniciación" que nos proporciona la muerte. Naturalmente que no sólo ella. Existen otros dos mediadores importantes que son las personas especializadas: el sacerdote, el brujo, el chamán... Todo aquello que en el corazón del hombre es una vibración, que le pone en contacto con algo que es inmensamente mayor que él y que está dentro de él. Y esto se llama *presencia de Dios en la vida*, y lo percibe el sabio por la inteligencia y el hombre honrado por la honradez; si se juntan ambas cualidades, es lo ideal. Y pueden juntarse, que es lo que se hace en la iniciación.

g) La segunda de las dos posibilidades apuntadas en la letra e) nos es conocida y medida desde Cristo y desde el evangelio, que nos presenta a Cristo como el final del Mesías. La importancia incalculable de esta consideración nos lleva a la especificidad particularísima

y única de la escatología cristiana. Ella excluye toda posible armonización con la escatología pensada en el AT y desarrollada en el mundo judío-apocalíptico, que inventaron la existencia de un tiempo intermedio entre la muerte y el final del mundo. Esta invención llevó a la *judaización y apocaliptización* de la escatología cristiana. De ellas únicamente es posible liberarse mediante la consideración de la Biblia como palabra de Dios, no como el monumento que recoge todo el saber bíblico antiguo sobre el devenir del tiempo. *Dios no esta disponible en la letra*¹¹.

h) La especificidad de la escatología cristiana está caracterizada por otro rasgo especial. Ella es *teología viatorum*. No puede evitar la consideración del paso del tiempo a la eternidad. Es un aspecto que ya tratamos al abordar el tema de la muerte bajo el título "*Ensayo y tránsito de una forma de vida a la otra*". Volvemos sobre él porque encaja plenamente dentro de la especificidad de la escatología cristiana en cuanto teología de los peregrinantes hacia la patria: *teología viatorum*. ¿Cómo se relaciona la entrada en la eternidad con la salida del tiempo, con "mi último día"? Este paso no se produce mediante una yuxtaposición. La escatología no tiene como finalidad establecer la sucesión de los últimos momentos hasta llegar al último. El hecho de haberlo pensado así es lo que hizo surgir *el tiempo intermedio* entre la muerte y el último día.

Para el creyente individual hay una coincidencia plena entre la muerte y el último día. Su último día tiene lugar en la hoja del calendario que no pudo pasar porque la mano se le quedó pegada a ella. Esto a nivel individual. A nivel del final de los tiempos, que acaben con la existencia de la humanidad, la escatología cristiana debe guardar un respetuoso silencio. Es la mejor interpretación de la descripción apocalíptica que haría coincidir el final del tiempo bíblico y del tiempo cósmico (*Mt 25,31-46*, es un buen ejemplo de ello). En realidad dicha coincidencia no se puede sostener desde el punto de vista científico. Fue la literatura apocalíptica la que lo estableció.

11 F. GARCÍA LÓPEZ, *El hombre, imagen de Dios en el Antiguo Testamento. XXIII Semana de Estudios Trinitarios*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1989, 365-382.

i) Queremos abrir un paréntesis para dejar constancia de que cuando hablamos de la especificidad cristiana no la entendemos como exclusividad. Más arriba transcribimos la sentencia de Lutero: *“La muerte se ha convertido en mi sueño”*. Más allá de las fronteras del cristianismo, en las grandes religiones del mundo, nos encontramos con un concepto muy próximo al que expresa san Pablo cuando dice: *“vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20)*. Desde la óptica musulmana debemos someternos por completo a Dios, no para satisfacer nuestra propia voluntad sino la de Alá, alzando así la plena realización de nuestra humanidad.

En términos judíos vivir según la ley de Dios, adaptando nuestra voluntad a la voluntad divina, alcanzando así, una vez más, la realización de nuestra voluntad, proporciona la vida, siempre y cuando no entendamos por ley de Dios la ritual, la casuística... sino la expresión de su voluntad. En términos hindúes y citando a Radhadkrisnan, *“Tanto la conciencia como la voluntad divinas deben convertirse en nuestra conciencia y voluntad”*. Esto significa que nuestro yo debe dejar de ser algo privado; debemos renunciar a nuestra voluntad, y dejar que muera nuestro ego, entregando toda su naturaleza, conciencia y carácter a lo divino. En términos budistas, por último, podríamos citar a uno de los principales exponentes contemporáneos del budismo en occidente, Masao Abe, al señalar que *“la salvación budista no es más que un despertar ante la realidad tras la muerte del ego”*¹².

j) La esperanza cristiana surge como consecuencia del Señorío gracioso de Dios manifestado en Cristo, que es la máxima gracia, destinada de forma indiscriminada a todos los hombres; esto mismo hay que afirmar de la escatología cristiana. Como también es necesario afirmar el paralelismo entre ambas realidades ya presentes, pero sólo incoativamente. El reino de Dios está presente y sigue oculto; la escatología ha hecho acto de presencia y dirige nuestros ojos hacia el futuro. La esperanza cristiana, el Reino y la escatología están totalmente aquí y totalmente fuera de aquí. Aquello que ya es una

12 Cf. F. GARCÍA LÓPEZ, *O. c.*

realidad sigue siendo objeto de realización con miras a la perfección o consumación plena.

Esta tensión entre presente y futuro tiene, además, una triple dimensión: *la personal*, que se inicia en la adhesión al ésjaton en el comienzo de la fe; se realiza en su máxima intensidad en el momento de la muerte y es vivida con los demás creyentes en la comunidad celeste; *la universal*, que se logra mediante la formación del Cuerpo de Cristo, integrado por la adhesión de todos los creyentes en el estado de la plena glorificación tanto de Cristo como de los cristianos, y *la cósmica*, con la incorporación enigmática pero cierta de la creación que habrá logrado el sosiego a sus gemidos, la liberación de la esclavitud de la corrupción para participar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios (*Rom 8,19-22*).

Por tanto, la solidaridad de toda la humanidad con Cristo no se funda solamente en el hecho de que Cristo pertenece a la humanidad y por ello la representa sustitutivamente, sino también en el hecho de que Cristo es cabeza de la humanidad nueva, la cual debe morir a sí misma para vivir de Dios y estar en comunión con Dios. El sacrificio único de Cristo es así el signo eficaz de cada hombre, el sacramento histórico de la salvación donde la intencionalidad o el significado sacramental se identifica con la historia, siendo el mismo acontecimientos histórico, y no el mito, “acontecimiento” de salvación.

k) Esta triple dimensión, particularmente *la personal*, subraya su fundamento en el amor de Dios manifestado en Cristo y que nos ha unido a él con vínculos indisolubles (*Rom 8,35-39*). El cuarto evangelio expresa la misma certeza refiriéndose a la vida eterna que nadie podrá quitársela a aquellos a los que él se la ha concedido por encargo del Padre (*Jn 10,27-30*). Esta relación vital, iniciado en nuestro discipulado personal de adhesión a Cristo, es como una prolepsis o anticipación cuyo sentido pleno tiene que ser realizado.

Jesús, que alcanzó la máxima perfección de vida en la resurrección hará partícipes de ella a los suyos (*1Jn 3,2*), en Él y en ellos se da una vida para Dios (*Rom 6,10-11*). El texto más explícito y significativo es el que nos habla de buscar las cosas de arriba puesto que hemos resucitado con Cristo, pensar en ellas “*porque habéis muerto*

y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, también vosotros apareceréis juntamente con Él revestidos de gloria” (Col 3,1-4).

I) La plena liberación de la que nos hablan los textos paulinos y los joánicos suponen *la acción última de Dios* que, en nuestra muerte, termina con una forma de vida incapaz de permanecer para siempre e inicia otra que tiene todas las virtualidades necesarias para permanecer para siempre. Sólo la intervención última de Dios en nuestra historia *es capaz de liberarla del señorío del pecado*. Y sólo la intervención de Dios en nuestra vida *es capaz de hacer que nuestra santificación alcance plenamente su finalidad* liberándola de todo tipo de mixtificación pecaminosa. Esta doble liberación es la que lleva a los creyentes a la vida eterna.

II) En la valoración de la existencia escatológica cristiana tal vez hayamos insistido excesivamente, al menos en las últimas consideraciones, en la meta final. Para terminar se hace necesario acentuar la conexión entre el futuro y el presente. Durante el momento presente, a imitación del Maestro, se nos exige la alerta permanente y la lucha constante por la promoción de la humanidad; contra los poderes anti-divinos rectores de la historia: el materialismo, el ateísmo, la idolatría de las personas y de las cosas; para lograr los frutos del Espíritu como son *“la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, el auto-control” (Gal 5,22-23).*

Las seriedad de nuestra acción y el ejercicio de nuestra responsabilidad a pesar de nuestras limitaciones y decepciones; el cuidado de nuestro cuerpo, cuya “corporeidad” será transfigurada (*Flp 3,21*); la esperanza de unos cielos nuevos y una tierra nueva (*2Pe 3,13*) –de una renovación total, que eso es lo que quiere manifestar la expresión apocalíptica “cielos nuevos y tierra nueva”– en lugar de paralizarnos debe estimular nuestro esfuerzo para que todo ello se convierta en realidad. Dios nunca regala al hombre aquello que el hombre está obligado a hacer.

La consecución de un mundo mejor y de una Iglesia mejor nos hace tomar conciencia de las tremendas limitaciones de ambas instituciones; nos impiden instalarnos en la comodidad que ellas pueden proporcionarnos y nos obligan a luchar con valentía sin pensar en

una retribución inmediata, sobre todo si pensamos en ésta dentro de los límites que el mundo puede conceder: la riqueza, la opulencia, el bienestar despreocupado, el egoísmo absoluto, la soberbia y la ambición ilimitadas.

La esperanza, que nace de la fe, debe traducirse en la praxis adecuada. La escatología nace de la cristología, de la presencia del Reino, del ésjaton fundante y actuante, y se halla constantemente actualizada y urgida por la acción del Espíritu, que por algo es llamado “vivificante”. Y si es vivificante debe reflejarse en las obras exigidas por un caminar de acuerdo con los fundamentos constitutivos de la existencia cristiana.

La escatología cristiana es el camino adecuado sin recorrer el cual, con el requerido esfuerzo inevitable, la esperanza degenera en bella teoría. Pierde la seriedad estimulante de su contenido “esperanzador”; genera un pasotismo insultante frente a la acción de Dios, del que acabamos de decir que no regala nada de lo que ha encomendado hacer a lo que él creó como su “imagen y semejanza” para ponerlo al frente de su obra, de la que fue constituido “gobernador”, estimulador e investigador de sus múltiples recursos; se identifica con la utopía entusiasta del regalo inmerecido acercado por papá Noel; pone a Dios al servicio del hombre, que es la prostitución más degradante de la religión. La escatología cristiana y el quehacer cristiano circulan por el mismo carril.

II. A IMAGEN Y SEMEJANZA

A) LA INCREENCIA DEBIDA A LAS CONTRARIEDADES HUMANAS

El punto de partida es el de aquellos que dicen no creer en Dios por las calamidades que vienen sobre la humanidad. Un argumento tan viejo como Epicuro (célebre filósofo griego, a. 341-271) cultivador del hedonismo, que ya formuló la célebre conclusión: “*Si no quiere eliminar el mal, no es bueno; y si no puede eliminarlo, no es Dios*”. ¡Es lógico! Lo que no es lógico es que nuestros teólogos y filósofos aún estén dando vueltas a esta cuestión, tan clara para nosotros.

Lo que ocurría en el siglo IV a. C. era que Epicuro, lo mismo que hoy gran parte de católicos, *medía, y siguen midiendo a Dios, con parámetros humanos*. Es lo que pasa con muchos que se han apartado de Dios por esa causa. Pero ante un asunto tan trascendental conviene recapitular un poco *la historia de la humanidad*.

B) EL BAREMO HUMANO APLICADO A LA DIVINIDAD

Desde sus más remotos orígenes el humano intuyó “lo divino”, que constituye su esencia, recurriendo, como es lógico, a la respectiva cultura en la que vivía. Recordemos someramente el totemismo del Paleolítico (Religión de algunos pueblos primitivos que atribuían una actividad voluntaria a los seres y fenómenos naturales); el Animismo (que consideraba un determinado animal como emblema de una tribu o familia y al cual, a veces, se le rendía culto), del Neolítico, y situémonos en los albores de las primeras civilizaciones humanas del valle del Indo, de Mesopotamia y Egipto, con una dilatada nómina de dioses y semidioses creados por sus respectivas culturas para cubrir necesidades primarias de protección y, a su vez, generadores de culto y consiguiente casta sacerdotal, en trayectorias y resultados sobradamente conocidos como para volver sobre ellos en este trabajo de reflexión.

Moisés, fundador del Judaísmo, fue heredero natural de tales culturas. No olvidemos que procedía de Egipto, posiblemente en la época del faraón Amenofis IV, más conocido por Akhenaton, primer místico monoteísta que registra la historia humana, que representaba su deidad en el bondadoso y engendrador Atón, nuestro Sol, símbolo perfecto de la energía en la que realmente creía, y al que pronto eliminó el clero destituido de la reforma religiosa y el nacionalismo patrioter, que no soportaba la mansedumbre bondadosa del iluminado monarca. No faltan pseudo-eruditos que identifican a ambos personajes, a Akhenaton con Moisés.

La lista anterior de patriarcas previos a Moisés está cargada de fantasía, simbolismo, política y teología, y carece en gran medida de una aceptación razonablemente creíble. El verdadero origen del Ju-

daísmo y de Yahvé fue Moisés, no Abrahán, que estableció las bases de su monoteísmo –que, más bien habría que llamarlo “monolatría”, porque no pasa de ser eso; el monoteísmo estricto tardó varios siglos en ser formulado como tal– *con lo que consideró conveniente asumir de las culturas religiosas periféricas*, creando un dios indiscutiblemente antropomorfo al que, lamentablemente, casi todos los creyentes seguimos vinculados.

Y como tal *dios fue, además de creador del universo de entonces*, que no es ni trasunto del actual, legislador, juez, guerrero, vengador, nacionalista, y otras cosas más, que no se asemejan en nada al Abba del Artesano de Nazaret, que sólo se nos manifiesta como amor, cuyo único atributo es *Dar*, o su equivalente *crear*.

Jesús, como Akhenaton 1360 años antes, desmontó el tinglado religioso de su época, defraudó a los que esperaban un Mesías liberador, y como Akhenaton, el clero y el nacionalismo decepcionado lo eliminaron.

Como ya hemos apuntado, el Yahvé del AT era, además de creador, un buen legislador y juez, que premiaba a los “buenos” con riquezas y dicha y castigaba a los “malos” con miserias y desgracias. Es decir, un buen *retributivo de su grey*. Un dios “financiero”, pero con las finanzas colocadas en la cartilla de “los buenos”, de los suyos. Los paganos eran sus enemigos, que había que exterminar. Sin embargo, el Abba de Jesús, hacía llover lo mismo sobre justos y pecadores, y manda matar el ternero cebado para celebrar la vuelta al hogar del “hijo pródigo”. En sus categorías, y, desde el examen serio de la parábola que llamamos del “hijo pródigo”, el “malo”, al que llamamos “hijo pródigo” es “el bueno” y éste, que no había transgredido ni una sola de las prescripciones de su padre es “el malo”. La jerarquía de valores cambió radicalmente con la aparición del Enviado a nuestra tierra.

Además, Jesús asegura que su mayor alegría, como la de su Padre, se la proporcionan no “los buenos” –en el sentido que entonces lo mismo que ahora damos a este calificativo– sino los pecadores arrepentidos, los que acuden a él para obtener, desde una necesidad profundamente sentida, el perdón y la misericordia. Parece ser que, en las categorías de Jesús, el pecador arrepentido es el que deja de

amarse a sí mismo y comienza a amar a los demás, aquel que entiende la conducta cristiana como el paso del egoísmo al amor.

Jesús predica el amor, sólo el amor. De muchas formas y de mil maneras y es fiel a su predicación hasta la muerte física y moral. Y a los que más amó, y ama, fue a los “castigados” por Yahvé (según lo entendían los devotos contemporáneos de Jesús), a los pecadores que, para los judíos, eran los tullidos, los desgraciados, los menospreciados, los pobres, la hez de aquella cerrada sociedad, y abarcó en su inmensa caridad tanto a los hijos de Abrahán como al pagano romano, al samaritano, al geraseno. Por el contrario fustigó siempre a los saduceos, fariseos, escribas y demás afortunados de Yahvé; o sea, a los cumplidores de la Ley, a los buenos, a los que acusó de hipócritas; y a los violentos, a los conspiradores políticos. Nadie había dicho nunca: “amarás al enemigo” y son muy escasos, si es que hay alguno, que lo haya demostrado después de él en la práctica de su conducta.

c) EL AMOR A JESÚS COMO CONDICIÓN PARA SU COMPRESIÓN

Hay que amar mucho a Jesús y “vivirlo”, para comprender lo que es amar al enemigo. No existe otra forma de saberlo, sólo “viviendo” al incomparable Maestro. *Esto* lo refrendan algunos textos bíblicos, sobre todo de *la primera carta de Juan (4,12.16.20; 5,20-21)*. Para el cristiano debiera estar claro, a estas alturas que, de los múltiples atributos que puede poseer la Divinidad, sólo conocemos uno: *Amor = Crear = Darse*. Consecuentemente lo que no es Amor no es Dios, es ídolo. Ni juez, ni guerrero, ni casi ninguno de los atributos que el AT atribuye a Yahvé, son atributos divinos. Naturalmente que los hay y como rúbrica de lo que afirmamos pensemos en los dos grandes atributos que el AT atribuye a Yahvé: *josed weemet* = amor y verdad o fidelidad o misericordia que, afortunadamente recorren casi todo el AT. El punto esencial de referencia de lo que estamos diciendo lo tenemos en *Ex 34, 6-7; Dt 7,9*.

Entonces, ¿qué pasa con nuestra religión? Pues que hemos heredado un dios del judaísmo que no es el Abba de Jesús y no acabamos de descolgarnos de él. Como nuestros ancestros, *caímos en la tram-*

pa de hacer a Dios a "nuestra imagen y semejanza", tergiversando lo que nos dice el Gn 1,27: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza". Y este dios, que es un ídolo, desconcierta al amigo que deja de ser creyente por lo dicho al principio; porque el Dios que no evita las desgracias, las hambrunas, las guerras, las catástrofes cósmicas o humanas... no es Dios.

D) EL HOMBRE CREADO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

La comprensión del significado de la imagen de sí mismo que Dios imprimió en el hombre significa, en primer lugar, la distancia infinita entre ambos. Sintetizando mucho "la imagen y semejanza" de Dios conforme a las cuales Dios creó al hombre no reside en la "personalidad" del hombre, ni en la libertad del "yo", ni en la "dignidad del hombre", ni siquiera en su capacidad moral de decisión. Es muy improbable que el autor del relato bíblico en el que son utilizadas las dos palabras "imagen y semejanza" pretende vincular a ellas conceptos diferentes. Él está utilizando una fórmula antigua y lucha con ella para poner de relieve *el misterio del hombre en cuanto imagen terrena-visible de Dios.*

La expresión "imagen y semejanza" pretende presentar al hombre como una criatura cuyo ser no tiene su origen en el mundo de la naturaleza. Está sobre ella y su referencia última debe ser buscada en el mundo de arriba, en Dios. La "imagen y semejanza" (= *slm* y *dmw*, en hebreo) *"expresan esencialmente que el hombre ha sido creado por Dios".* Ahora bien, fundamental a una imagen o estatua es que representa a una persona. *"La idea de imagen no implica una semejanza física". "Lo importante en la imagen es la relación de representación. El hombre creado a imagen de Dios será el reflejo o representación de Dios en la tierra"*¹³.

En esta línea debe ser contemplado el canto poético a la dignidad del hombre, al que Dios le hizo poco inferior a Dios, o a los ángeles, como traducen algunas versiones (*Sal 8, 6-7*). Dios le coronó

13 P. ALTHAUS, *O.c.*, VI, *Religionsphilosophie und dogmatischs*, 687.

de majestad y de gloria. El misterio del hombre es contemplado dentro del misterio de Dios. La palabra “gloria”, en particular, le sitúa en el terreno de lo divino.

La necesidad de cambio lo manifiesta un acierto de nuestra jerarquía que, sigilosamente, cambió al “dios de los ejércitos” o sea, al general en jefe, haciéndolo “el Dios del Universo”, como si ambos conceptos fueran equivalentes y sólo se tratara de una sustitución semántica, *cuando tales conceptos no sólo no son equivalentes, sino absolutamente contrapuestos*.

De acuerdo con el plan divino de la salvación, el cristiano tiene que reproducir en sí mismo la imagen de Cristo por una participación progresiva en su vida resucitada. Además de los cinco actos mencionados por Pablo en la carta a los Romanos *“el conocimiento previo, la predestinación a ser conformes con la imagen de su Hijo, la llamada de, la justificación y la glorificación”*, nos ofrece otros textos que iluminan la profundidad teológica de los cinco actos del designio divino (*Rom 8,17; 2Co 3,18; 4,4-6; Flp 3,20-21*)¹⁴.

En cuanto imagen de Dios él es el fin y la forma a las que deben aspirar los creyentes. Es el ideal, el paradigma, el modelo que deben reproducir en sus vidas. Debemos adquirir la misma forma de Cristo, su imagen celeste original (= *eikón*). En cuanto Hijo es la imagen original (“Urbild, como dicen los alemanes) conforme a la cual debemos adquirir la forma de ser del cristiano. Con esta transformación, nuestra filiación alcanza su plenitud. En este caso la “gloria” significa para Pablo “transformación”¹⁵.

E) CRISTO COMO IMAGEN DE DIOS

Pablo ve a Cristo como imagen de Dios en cuanto que es el revelador para el hombre y ve al hombre como portador de la imagen de Cristo, con lo cual se convierte, o es, imagen de Dios. Se pone de

14 O. MICHEL, *Der Brief an die Römer*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1966, 63.

15 O. MICHEL, *O, c.*, 64.

relieve la perfección suprema a la que llegó aquello que había sido incoado en la primera creación (*Gn 1,26-27*). Cuando Pablo presenta a Cristo como imagen de Dios tiene delante la imagen de Dios que él mismo confirió al hombre; lo que allí es atribuido a Adán, aquí es aplicado a Cristo. Esto significa que él conocía la aplicación de *Gn 1,26-27* a Cristo: se establecería así la identidad entre Adán y Cristo. Desarrollará dicha identidad en *1Co 15,45ss*: Pablo considera a Cristo como otro Adán¹⁶.

La identificación mencionada es posible desde el contexto interpretativo en que vive Pablo. Quien ha podido influir más directamente en su pensamiento es Filón, con su aplicación de la imagen de Dios al hombre celeste (*Gn 1,27*: “creado a su imagen y semejanza”). A este hombre celeste no le afectaría ni la transitoriedad ni la terrenalidad. Esto sería propio del hombre terreno, creado del polvo. Para Filón de Alejandría “el hombre celeste” sería el Logos; para Pablo el “hombre celeste” sería Cristo. La diferencia es que Pablo no demuestra intereses especulativos.

La intención del Apóstol al utilizar esta expresión es presentar a Jesús como imagen de Dios, como el modelo en el que podemos reconocer lo que Dios quiere y hace. Como, en este caso, la palabra “modelo” se halla cargada con todo el peso adquirido con la expresión “imagen de Dios”, el pensamiento de Jesús como modelo no se halla limitado por su forma personal. Su personalidad aparte, en el “modelo” se hallaría incluida y descrita su naturaleza y su fuerza poder divino. La imagen, *eikon*, hace visible y presente un objeto o una persona. Esto es precisamente para Pablo el evangelio (*Rom 1,16*)¹⁷.

F) PABLO DIGNIFICA AL “CUERPO” COMO SOMA

Cuando Pablo habla del “cuerpo” (= *soma*) (*Flp 3,20-21*) utiliza una antropología monista, no dualista. En ésta, el cuerpo es la parte

¹⁶ G. KITTEL, *eikon*, en *TWzNT*, Stuttgart, Kohhammer, 1966-1979, 393-384, 21-22.

¹⁷ Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Pablo de Tarso, el intérprete más adecuado de Jesús*, Ed. del autor, Salamanca, 2009, 153-154.

material del hombre en contraposición al alma. Lo que Pablo entiende por cuerpo es lo que nosotros consideramos como persona, la personalidad o individualidad. Comprende, por tanto, al hombre en su totalidad, no se restringe a una parte del mismo. Pero el Apóstol nunca se limita a la consideración del hombre cerrado en sí mismo. Él considera siempre al hombre, al *soma*, en relación con Dios, con el prójimo, con el pecado¹⁸.

Soma es el lugar en el que vive la fe; en el que el hombre se somete al señorío de Dios. *Soma* es el ámbito en el que se desarrolla la actividad y el servicio del hombre. El *soma* es el "yo" indivisible. Comprende la *interioridad* del alma, del sentimiento y de la inteligencia; es el que escucha y acepta la predicación; es el que recibe y experimenta la realidad sacramental. Comprende también la *exterioridad* del cuerpo en el que son atendidas o despreciadas las consecuencias de la oferta divina¹⁹.

Cuando el *soma*, el hombre como tal en toda su existencia, desprecia la oferta divina se convierte en cuerpo "miserable, de vileza, pobre, miserable, lleno de miserias", según las diversas versiones españolas. ¿Por qué es calificado así? El hombre se halla sometido a la muerte (*Rm 7,24*); privado de la gloria-*doxa* (*Rm 3,23*); lejos de Cristo (*2Co 5,6-7*). La bajeza-miseria-pobreza no es un concepto ético ni natural. Es un concepto metafísico²⁰. El verbo *metasjematiso* no hace referencia únicamente al momento a partir de la resurrección. Es utilizado también para designar determinados cambios ocurridos en la vida presente²¹.

18 Cf. MLMb., *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Barcelona, Herder, 2003, 757.

19 Cf. P. ALTHAUS, *Die kleineren Briefe des Apostel Paulus*, en *DNTD*, Göttingen, 1955, 84.

20 Cf. E. LOHMEYER, *Die Briefe an die Philipper und Philemon*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1964, 160.

21 Cf. W. BAUER, *Metasjematiso, in loco*, Menciona una serie de "transfiguraciones" que no afectan únicamente a la "apariencia" exterior, como la de Satanás transfigurado de ángel de luz...

G) EL RELICARIO INTERIOR

Cristo vive o habita en el corazón de los creyentes: *“Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones” (Ef 3,17)*. Esta vida o habitación de Cristo en el creyente ha sido comparada con un *relicario interior*. El hombre lo necesita como el centro de su vida para impulsarla constantemente hacia delante; para soportar con entereza indomable el pesado yugo diario de la existencia con sus temores y esperanzas, con sus ansiedades y responsabilidades. El hombre necesita un relicario en el que sienta la proximidad-presencia del Señor. De él recibirá la luz y el poder para ser leal a los principios fundamentales de la vida; para alejarse del sin sentido, de la dispersión, de la corrupción. El apóstol Pablo, al hablar de la habitación-presencia de Dios o de Cristo en él y en los cristianos se refiere a este relicario interior: *“Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra” (2Co 4,7)*²².

La monolítica estructura clerical, tan paradójica como absurda en esta época en que vivimos, puede tener su razón de ser en la oscura e inculta edad media, pero hoy representa para el Cristianismo una traba asfixiante de la que habremos de librarnos rápidamente si queremos que nuestra Religión subsista. Y, al fin y al cabo, en nuestra Iglesia, sobre todo en sus bases y en su clero vocacional, hay mucho más bueno que malo, gracias al Indefinible, a lo Inefable, a lo Verdadero, como lo denomina Juan: *“Pero sabemos también que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para conocer al Verdadero. Y nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna” (1Jn 5,20)*²³.

¿Qué entendemos por tales atributos o por Abba? ¿Qué Dios tan mínimamente pequeño sería si yo o cualquiera de nuestros dirigentes, incluidos los máximos jerarcas, pudiéramos explicarlo, definirlo ó demostrarlo! *Volveríamos a reincidir en el antropomorfismo*, del que nos resulta tan difícil salir.

22 Cf. C. SABUGAL, *Anástasis. Resucitó y resucitaremos*, Madrid, BAC, 1993, 203.

23 Cf. J. BEHM, *Morfóo, metamorfosis*, en *TWzNT IV*, 761.

H) ATRIBUTOS DIVINOS

Haciendo gala de una audacia un tanto petulante puedo intentar “concretar” a la Divinidad en algunas figuras retóricas algo ilustrativas, sugiriendo que pueda ser una *Omnipotencia Amorosa*, o bien una *Suprema Energía Creadora*... que no tengo idea de lo que son en cuanto a su magnitud inabarcable. Los calificativos “*amorosa y creadora*” son considerados por sí como equivalentes, aunque el concepto de Creación nos sitúa ante otra inmensa incógnita. Nuestra ciencia trabaja actualmente con magnitudes de decenas de miles de millones de “años luz”, que se desplaza a 299, 792,5 kms. por segundo, pero el común de los humanos somos incapaces de asumir, en nuestra limitada comprensión, tales magnitudes; y la Ciencia admite hoy, como Sócrates hace casi 3000 años “que no sabe nada”. Los científicos son más humildes que algunos eminentes miembros de nuestro alto clero que, además de saberlo todo, hasta deciden lo que es bueno y lo que es malo.

¿Cómo vamos a saber algo de la *Divinidad, que es Infinita, siendo nosotros finitos*? Nos movemos en *dimensiones muy limitadas*; el menos en nuestra existencia en este Planeta, tan insignificante que no se puede ver desde la estrella más próxima al Sol, situada a 4,3 años luz. Y existen en el firmamento conocido, como aseguran prestigiosos cosmólogos, más estrellas que granos de arena en todas las playas de la tierra, que era nada menos que el centro del Universo para los hagiógrafos que escribieron la Biblia y para nuestros semejantes, hasta hace poco más de 300 años... ¡*Qué cosas, cuando la Ciencia de hoy admite la posible existencia de múltiples superuniversos que ni siquiera podemos intuir!* Y lo mismo que con el macrocosmos nos ocurre con el microcosmos.

Ante la imposibilidad absoluta de concretar la Divinidad, hemos de limitarnos a entenderla a través del Maestro, el humilde artesano de Nazaret, el Primogénito de nuestra familia humana, que vino a esta pequeña aldea terrena para enseñarnos a *amar*, a *Ser*. Se nos ha revelado que se nos medirá (“no juzgará”, como muchos afirman) por el *Amor*. Tanta cantidad de *amor*, tanta cantidad de *salvación*.

Nada de amor... ¡es imposible salvar lo que no ha llegado a ser, o sea, "nada"!

¿Por qué Jesús no escribió nada? Porque él creyó mejor para nosotros que, en lugar de facilitarnos un contexto forzosamente limitado por las circunstancias culturales de cada momento histórico, nosotros lo "pensáramos" y, sobre todo, lo "viviéramos", de acuerdo con la inspiración de su Espíritu, asumido por nosotros a través del *Amor Recíproco*, que es el Amor conjuntado y pleno. Si aun no habiendo escrito nada el Maestro hemos caído en la herejía doctrinal de sus enseñanzas, ¿qué habría ocurrido si lo hubiese dejado por escrito? Entonces el cristianismo sería doble o triplemente una "religión del libro". San Pablo lo entendió muy bien y lo dejó consignado por escrito: *"El cual (se refiere a Dios o a Jesucristo) nos ha hecho ministros idóneos de la nueva Alianza no de la alianza de la letra, sino de la del Espíritu. Porque la letra mata, pero el Espíritu vivifica"* (2Co 3,6).

1) ASIMILACIÓN DE LOS CREYENTES A LA IMAGEN DE SU HIJO

De acuerdo con el plan divino de la salvación, el cristiano tiene que reproducir en sí mismo la imagen de Cristo por una participación progresiva en su vida resucitada (*Rom 8,17; 2Co 3,18; 4,4-6; Flp 3,20-21*).

En cuanto imagen de Dios él es el fin y la forma a las que deben aspirar los creyentes. Es el ideal, el paradigma, el modelo que deben reproducir en sus vidas (*symmórfous*). Debemos adquirir la misma forma de Cristo, su imagen celeste original (= *eikon*). En cuanto Hijo es la imagen original ("*Urbild*", como dicen los alemanes) conforme a la cual debemos adquirir la forma de ser del cristiano. Con esta transformación, nuestra filiación alcanza su plenitud. En este caso la "gloria" significa para Pablo "transformación".

Los relicarios que contienen recuerdos o vestigios del Santo o de los santos son válidos en cuanto significativos de la absoluta necesidad de este relicario interno que recuerda al hombre su dignidad, que le sirve del control de sí mismo; que ilumine su ceguera (*Jn 9,25*) y el misterio oscuro de su existencia; que le acompaña siem-

pre en su soledad; que le sostiene en su fragilidad; que le recuerda que es hijo de Dios (Rm 8,16), porque en él resulta fácil descubrir la presencia de Dios.

J) EN CUANTO A LA CREACIÓN

Estamos acostumbrados a leer, escribir y escuchar que Dios hizo la creación en seis días, y que el séptimo descansó. O sea que la creación ya se hizo y es un edificio terminado desde el principio, Pero eso no es cierto. La Creación es un fenómeno o una gracia, como queramos expresarlo de forma más adecuada, permanente, como permanente es el Amor que la genera: “*Mi Padre no cesa nunca de trabajar; por eso yo trabajo también en todo tiempo*” (Jn 5,17).

La última cita de Jesús hace referencia a una Creación continuada. En la mentalidad de la época estaban divididas las opiniones: algunos teólogos se adherían a la letra del Génesis que da por terminada la obra divina el séptimo día. Otros pensaban en la providencia y el ininterrumpido quehacer diario que mantenía la actividad de Dios iniciada en el principio. Lo que hoy resulta evidente es que “la Creación todavía no ha dicho la última palabra”.

K) ESTA CREACIÓN CONTINUA HACE UN HOMBRE NUEVO DEL VIEJO

Esta terminología paulina necesita una breve explicación. El *hombre viejo* (tenga la edad que tenga, que en estos conceptos no es tenida en cuenta) es el que sigue viviendo en la atmósfera del pecado, llámese éste original, estructural, ambiental, natural-mundano...: el que no ha emigrado a la atmósfera de la gracia; el que no ha participado en la oferta de la vida hecha por Dios en Cristo; el hombre determinado por sus deseos y apetencias naturales; el hombre que no ha roto el techo de sus aspiraciones meramente humanas en las que él se convierte en la suprema aspiración de sí mismo.

En *hombre nuevo* es el hombre “espiritual”, el que se ha abierto a la acción del Espíritu; el que ha experimentado un nuevo nacimiento; el que ha descubierto el ámbito de la gracia y vive alegre y

generosamente en él. El hombre nuevo vive la ética nacida de la fe, que es la única duradera y estable. Cualquier otra, nacida de estructuralismos o convencionalismos humanos, “se adapta” tácitamente a situaciones nuevas, siendo devorado por ellas. El apóstol Pablo lo define diciendo que *“el que es de Cristo (el creyente) se ha hecho criatura “nueva” y “lo viejo” ya pasó, se ha hecho todo nuevo”* (2Co 5,17). El texto más específico y significativo sobre el particular nos lo ofrece *Ef 4,17-24*:

“Os ruego, pues, y os exhorto en el Señor a que no viváis ya como viven los gentiles, en la vanidad de sus pensamientos, oscurecida su razón, ajenos a la vida de Dios por su ignorancia y la ceguera de su corazón. Embrutecidos se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente con todo género de impureza. No es esto lo que vosotros habéis aprendido de Cristo, si es que le habéis oído y habéis sido instruidos en la verdad de Jesús. Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error, renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas” ²⁴.

Y nuestra amada tierra, que es una parte minúscula, casi invisible, de esa Creación, no se hizo de una vez, se está haciendo constantemente, y es un elemento vivo que sufre transformaciones y crisis, como cualquier otro ser, a lo largo de su existencia. Estas mutaciones se denominan desplazamientos tectónicos, seísmos, erupciones volcánicas... y sus consecuencias son cambios climáticos, huracanes, inundaciones... Esas conmociones suelen ser acompañadas por el dolor humano y la muerte, causas ambas de que muchos pongan en tela de juicio la existencia de un pobre dios antropomorfo que, naturalmente, no existe; pero tal actitud, en realidad representa una ignorancia inconcebible en el humano, tan mal preparado en lo Trascendente del espacio y del tiempo.

En cuanto a las hambrunas, guerras, epidemias, injusticias etc que soporta gran parte de esta desorientada humanidad doliente, es gran incongruencia relacionarlas con la Divinidad, cuando resulta tan evidente que son consecuencia del mal uso que el humano hace

24 Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Pablo de Tarso...*, O. c., 176-177.

de las potencias que le confiere el libre albedrío del que ha sido dotado. La divinidad sufre y goza con el sufrimiento y el gozo de sus criaturas, pero no puede hacer más de lo que hace: enviarnos a su Primogénito y asistirnos con su Espíritu, cuando con humildad lo solicitamos. ¡Pedid y se os dará!, nos afirmó Jesús (*Mt 7,7-8*).

No se refería a bienes materiales, sino a soportes espirituales. ¿Cómo iba a ser de otra forma? Pero no nos han enseñado a interpretar debidamente sus mensajes y, por ejemplo, aún se colocan y se consideran normales en los templos los ciriales para que las inocentes madres de familia ofrezcan una vela, y una limosna al Santísimo, o a cualquier santo de segunda clase, para que sus hijos aprueben los exámenes, o para que les “toque” la lotería. ¡Inaudito! En nuestros días, gran parte de nuestra clerecía mantiene y fomenta costumbres medievales, seguida por una grey ignorante y entontecida a fuerza de pedir a dios que “no esté eternamente enojado” con nosotros. Dios no está eternamente enojado por dos razones: primera porque es amor y, por serlo, no puede enojarse. La segunda, que es la misma que la que acabamos de mencionar, la formulamos de manera distinta: Dios no se enfada nunca. De lo contrario no sería nuestro Dios.

Nuestro símbolo de fe, el Credo, que rezamos, al menos, todos los domingos, sigue presentándonos a un Jesús que “bajó” a los infiernos, “subió” al cielo, y está sentado a la “derecha” del Padre etc. ¿No se trata, más que de una confesión de fe, de *una declaración de antropomorfismo*? ¿Desde cuándo el Padre (masculino, como no podía ser de otra manera), tiene “derecha”? Además, si sentó a Jesús a su diestra, Él se quedó en la izquierda, que es el lugar reservado para los cabritos... como lo expresó *Mt 25,33*. ¿Hasta cuándo, Señor, nuestros rectores nos van a obligar a estar anclados en los concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, celebrados en los siglos IV y V. ¿Por qué no explican bien nuestros curas y anunciadores de la Palabra que todas estas expresiones de fe son símbolos premedievales y, en lugar de hacerlo, permiten que los fieles sigan asumiéndoles literalmente y como papagayos sin entender nunca lo que han repetido siempre? ¿Para qué se habla de la inculturación, cuando seguimos siendo epígonos o repetidores de herencias del pasado?

L) DE NUEVO VOLVEMOS A CRISTO COMO IMAGEN DE DIOS

“... cuya inteligencia (la de los no creyentes), cegó el dios de este mundo, para que no brille en ellos la luz del evangelio, de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios (2Co 4,4).

“En quien tenemos (en Cristo) la redención y la remisión de los pecados, que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura” (Col 1,15-16). ¿Qué aspectos destacan en esta imagen?

Se pone de relieve, en primer lugar, la identidad de la imagen con el original. Así lo subrayan las expresiones “forma de Dios” e “igual a Dios” del célebre himno cristológico de *Filipenses* (2,6). Esta identidad justifica la expresión joánica “quien me ve a mí ve al Padre” (Jn 14,9; 12,45).

En los dos textos copiados al pie de la letra, particularmente el segundo, se acentúa que el “ser imagen” de Jesús es otra expresión distinta y sinónima de ser Hijo: “El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor” (Col 1,13). Al ser su Hijo “tiene el Hijo. está en el seno del Padre” (Jn 1,18), vive en la mayor intimidad imaginable con Dios, que solamente

A Dios no se le puede decir ni pensar, se afirmó en Trento (siglo XVI). A pesar de todo, gran parte de nuestro clero sigue presentándolo antropomórficamente, como un patriarca anciano venerable, a veces con gesto adusto, con florida y alba barba. ¿Es que no está esta figura profusamente representada en nuestros templos y, sobre todo, en el Vaticano? El mandato bíblico que nos ordena no hacer imágenes de Dios puede menos que nuestra tendencia ancestral a entenderlo y representarlo a *nuestra imagen y semejanza*. ¿Hasta cuándo será así?

LL) EN CUANTO A LO NEGATIVO DEL AT

El Espíritu que mora en mí y rige mi discernimiento, me aconseja asumir su enseñanza amorosa, porque es esencialmente divina, y rechazar sus mensajes negativos, plañideros, egoístas o mezquinos,

que no pueden proceder de la Divinidad, opuesta en su esencia a estos atributos negativos, sino del hombre rudo e inhumano, producto de una cultura rudimentaria, machista y remota, acostumbrado a pactar constantemente con su dios exclusivo, que ya debiéramos haber totalmente superado.

Estas críticas nacen de que los cambios raras veces son promovidos por la jerarquía; y que los que se producen son por ser reclamados, insistentemente por las bases, constituidas por clérigos y seglares valientes, evidentemente impulsados por el Espíritu.

La Ley, lo primero para los judíos, está al servicio del hombre y no viceversa, aunque el AT la llame Ley de Dios. Dios está en el hombre antes que la Ley, redactadas por hombres de buena voluntad, no lo dudamos, pero limitados por una cultura remota que no se puede imponer a los hombres actuales sin desconcertarlos. Siempre sentí con Jesús y tengo plena fe en él.

Cuando la Ciencia y la Tecnología avanzan a pasos vertiginosos, ¿por qué nuestra Religión sigue anclada en el pasado? ¿Cuestión de intereses mundanos? Es legítimo sospecharlo, y disculpad mi insistencia en esta posibilidad.

Yo no creo en una Divinidad Trascendente porque intento ser discípulo de Jesús, sino a la inversa: Creo en Jesús porque creo en la Divinidad Trascendente, o como se quiera denominar. Y por la misma razón admito y respeto a los fundadores y seguidores de las grandes religiones históricas que predicán el bien y la perfección humana, aunque no comparta sus expresiones culturales, como tampoco comparto las del judaísmo. Creo en la Divinidad por una razón muy sencilla, que me atrevería a definir biológica: porque todo mi ser la siente, porque está en mi esencia personal, en lo más íntimo de mi ser.

III. MÁS ALLÁ DE LO SENSIBLE Y PERCEPTIBLE

El humano sencillo acepta como real lo que le llega por su percepción sensorial: del avión aquello que ve. No le interesa más, ni

los viajeros, ni el rumbo que llevan ni el lugar de destino, ni nada Únicamente puede admirarse de lo que ve.

En cuanto a la velocidad distingue los cuatro km. andando de la que alcanza una bicicleta, que llega a los 10 ó 14 km. hora; los distingue de los 30 km. de una caballería; de los 80 ó cien que corre un coche o a la suma de los mil de un avión. Ni le va ni le viene la realidad compleja del transporte. Pero no le hables de los 300.000 mil km. por segundo de la luz; si le proporcionas como referente la luz del Sol, alejado 150 millones de km. y cuya luz tarda en llegar a nosotros unos ocho minutos... Ni lo cree ni lo imagina.

Y si hablamos de distancias siderales lo cree inverosímil, por ejemplo que la estrella más próxima al Sol dista de él 4.3 años luz, que la luz de una galaxia ha salido de ella hace doce mil millones de años luz cuando llega a nosotros. El humano sencillo no asimila las referencias que se apartan de las magnitudes ordinarias comprobadas por sus sentidos.

El humano sencillo no aceptará que nos estamos desplazando por el espacio: la rotación, en nuestro paralelo, a unos 1500 km. por hora; la de unos cien mil kilómetros por hora en la traslación alrededor del Sol; a unos novecientos sesenta mil km. en la traslación alrededor de nuestra galaxia ; a unos dos millones doscientos mil km. por hora en la traslación de nuestra galaxia en relación con el cúmulo de galaxias Virgo... ¿Para qué seguir sumando? El humano sencillo no puede admitir estos desplazamientos. Sencillamente porque de ellos no existe percepción sensorial. Lo mismo ocurre si hablamos de colores o sonido, porque tampoco le ofrecen la percepción sensorial que es la que él utiliza.

Cuando sale de la ducha sólo ve su cuerpo, pero ni remotamente asume que lo que ve realmente son *las células externas de un organismo* milagrosamente estructurado con unos cien billones de las mismas, todas perfectamente ensambladas y conjuntadas en múltiples funciones biológicas. –Y no digamos si le referimos que cada célula tiene 23 pares de cromosomas que agrupan unos 100 mil genes que combinan unos tres mil millones de partículas de adenina, citosina, guanina y timina, de cuyas combinaciones se derivan sus características biológicas personales y hasta su salud– O que lo que

ve en el dichoso espejo, su cuerpecito siempre querido y hartas veces admirado, no es más que una emergencia de compleja estructura compuesta por Carbono (19,73 %); de Hidrógeno (9,31 %); de Nitrógeno (5,14 %); Oxígeno (62,81 %); Fósforo (0,63 %); Azufre (0, 64 %) y varios minerales más, incluso el hierro (1, 74 %).

A) POSIBILIDAD DE UNA PROFUNDA METAMORFOSIS

Los Padres de la Iglesia se deleitan en la descripción del parto que alumbró nuevos cristianos. Así lo hacen san Juan Crisóstomo, san Gregorio. Y recurren a la forma pasiva: los cristianos son nacidos, son paridos²⁵. La imagen del parto significa la formación de Cristo en ellos y que esperen la salvación no de la Ley y demás posibilidades humanas sino de la fe en Cristo.

La creencia en que los dioses y los espíritus se transforman y pueden demostrar su poder transformante a otros seres es común a las religiones de la tierra. La literatura sobre el particular es amplísima, sobre todo en el mundo helenístico-romano. La razón de dichas metamorfosis debe verse en la necesidad de las mismas para que los dioses puedan acercarse a los hombres. Es un lenguaje clásico ya desde Homero. En la literatura mística y apocalíptica, por el contrario, el pensamiento de la transformación es aplicado para describir el paso del hombre desde su realidad terrena a la forma o figura celeste.

La literatura judía apocalíptica habla frecuentemente del cambio maravilloso de la forma terrena en figura celeste causada por la posesión de los dones salvíficos. Un cambio que experimentarán los bienaventurados después de la resurrección: *“La apariencia de su rostro se cambiará en belleza deslumbrante”*. *“Serán transformados y brillarán como los ángeles”*. *“Se parecerán a los ángeles y serán semejantes a las estrellas y adquirirán la forma que deseen de belleza y gloria y estarán rodeados de luz y de gloria”*. *“La gloria de los justos*

25 Cf. ID., 132, nota 45.

será mayor que la de los ángeles". Todas ellas son expresiones tomadas del libro de Baruc sirio (51,3.5.10.123)²⁶.

A veces suele ocurrir que el humano sencillito logra evolucionar lo suficiente como para aprender a enfocar bien su sencilla antena mental, que le permite sintonizar con esa *Esencia Suprema que*, sin ser aún muy consciente de ello, lleva tan entrañada, percibiendo claro el mensaje que le orienta sobre la forma de alimentar su intelecto adecuadamente para así, apoyado en una cultura humanista que le sirve de soporte, conseguir liberarse de su dependencia sensorial y poder navegar los espacios más amplios que le permitan un mayor crecimiento personal.

Lamentablemente, los llamados por dicha Esencia Suprema, en gran parte de tales ocasiones, sienten miedo de complicarse la vida y, en virtud de su inalienable facultad decisoria, prefieren seguir en su cómoda y apacible ignorancia, sin percatarse de que tan dejación le impide crecer en el SER, que al fin es lo que cuenta a la hora de rendir el individual y profetizado balance existencial. El que elige *no Ser, ¡no es!* ¿Cabe mayor infierno? ¡No olvidemos nunca que se trata de una decisión!

Pero los que responden afirmativamente a tal esencial llamada siempre encuentran la ayuda espiritual necesaria para seguir el Camino de la elevación, o de evolución, que es equivalente, que les permite invertir con acierto los talentos que por la Esencia Suprema les fueron confiados.

También es conveniente tener presente que, cuando se inicia un Camino de elevación personal, suele surgir un efecto aparentemente negativo dado que la cultura, aunque parezca incongruente constatarlo, produce un, a veces, acusado despegue social del que paradójicamente es causante el propio sujeto, que paulatinamente se siente más lejano de algunos de sus próximos, más incomprendido. Es un malestar que hay que tratar de vencer con humildad y tolerancia, aunque a veces resulte difícil aguantar estúpidos rechazos, o

26 Cf. ID., 746 e ID., *Metamorfosis del creyente*, en F. FERNÁNDEZ RAMOS (Dir.), *Diccionario de San Pablo*, Burgos, Monte Carmelo, 19 1999, 745.

tantas charlas insulsas como las que llenan las relaciones ordinarias de los humanos sencillos.

La meta del Humano con mayúscula, del que optó en su día por la evolución, debe ser la de llegar a trascender las fronteras de cualquier índole que le separan de los humanos sencillos, sintiéndose integrado, junto a ellos, en ese inenarrable y enigmático Cosmos como una simple aunque afortunada *partícula consciente* del mismo, percibiéndolo y amándolo como evidentemente nos ama su inconcebible Creador.

La frase siguiente es un broche de oro (ya utilizado en otra ocasión): “Para el humano sencillo, “Dios” es un ser en cuyo cuidado se espera, y cuyos castigos se temen”, un ser con el que de alguna manera se está en una relación personal, por muy respetable que ésta sea”. La religiosidad del estudioso e investigador, en cambio, radica en “el asombro extasiado de la armonía de las leyes de la naturaleza, en la cual se manifiesta “una razón superior”, que todo lo que cobra sentido por parte del pensamiento y de la disposición humana resulta ser tan sólo un pálido reflejo”. De la obra *Mi concepción del mundo*, de Albert Einstein, excepcional científico y profeta.

Comparado con el gigantesco ser que he citado yo me siento un humano sencillo que, permitiéndome remedar a mi singular Arquetipo nazareno, deseo a mis queridos lectores que se mantengan siempre fuertemente unidos en el Amor, que se abran a la Cultura y a la Espiritualidad y lo que es más importante, que no quieran nunca para el otro, sea quien fuere *el otro* lo que no quieran para sí. Es la regla de oro evangélica (*Mt 7,12*).

B) EN EL BIG BANG ESTABA PREVISTA LA EVOLUCIÓN

Antes de comenzar el tiempo y el espacio sólo cabe pensar en un ser Omnipotente e *Innominado*, entre cuyas ilimitadas capacidades destacan la de *Amar y Crear*, porque la Creación, que es ostensible y gloriosamente presente, ha de entenderse siempre como un efecto del Amor Creador, previo a una lógica, necesaria y pasmosa planificación de magnitud cósmica, difícil de comprender por nues-

tras limitadas mentes; pero reconozco que me pierdo, porque, ¿cómo había de ser “previo” tal Amor si no existía el tiempo?

La cuestión es que yo creo firmemente que no sólo la Navidad, sino todos los acontecimientos fundamentales que han dado origen al increíble Universo actual y a cuantos, en diversas naturalezas, índoles y magnitudes, tanto de apariencia visible inmensamente grande como insignificamente pequeña e invisible fuimos, de alguna forma totalmente incomprensible, *previstos en el Gran Plan Creacional*. Caso contrario no existiría la vida ni el orden natural; todo sería caos, en lugar de ser cosmos, que significa belleza, porque esas infinitudes siderales, ese Universo en extensa expansión, esa Creación permanente y prodigiosa, esas Leyes Físicas increíbles que nos regulan son de una belleza inenarrable, son algo así como la proyección holográfica (aquello que es escrito por el propio “testador”) del *Sin Nombre*, es el testamento más elocuente escrito con letras de oro por el Testador.

Así que la Navidad prevista ocurrió... cuando tuvo que ocurrir. ¿Qué más da que fuera el año cero, en el uno o en el siete de nuestro calendario? La cuestión es que el *Innominado* tenía planeada la llegada en *un Arquetipo Humano*.

c) EL HOMBRE LLEGADO A SU PLENITUD

Acabamos de decir que “el *Innominado*” tenía planeada su llegada a nuestro mundo en *un Arquetipo Humano*. A dicho Arquetipo Humano lo llamamos en este apartado “el Hombre” convertido en “Hijo del hombre”. Casi sin darnos cuenta nos hemos vuelto a meter en el tema de Navidad, que ya hemos tratado. Ahora pretendemos separarnos de él para desarrollar el título de *Hijo del hombre*, que fue elegido por el Niño de Belén cuando llegó al momento de su ministerio de predicación y de revelación del Padre.

En el subtítulo que tenemos delante, al hablar del “Hombre” nos referimos, naturalmente, a Jesús de Nazaret. Pero el título elegido nos resulta inquietante. Nos obliga a distinguir dos tiempos: el anterior a ser Hijo del hombre con todo el significado del título cristológico

en cuanto tal y el momento a partir del cual merece dicho título con todo el peso que conlleva. Nos obliga a distinguir estos dos tiempos implicados en la autodesignación de Jesús con dicho título: “*Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre*” (Jn 1,51).

No se nos habla del tiempo en que dicha visión tendrá lugar. Se anuncia como futura. Se halla, por tanto, en la línea de los demás títulos cristológicos. No son aplicables a Jesús antes de la fase anterior a su muerte-resurrección. Nos parece excesivamente crédula o poco fundada la manifestación siguiente: “Con esto (algunos textos, entre otros la confesión de Cesarea de Filipo, Mc 8,27-33 y algún otro) hemos encontrado las huellas de los títulos de Jesús recogidos por la confesión pascual de los cristianos”. Estos títulos procedían ya, evidentemente, de las tradición prepascual acerca de Jesús y fueron afirmados u utilizados por Jesús mismo. Atribuir exclusivamente estos predicados a la comprensión postpascual y a la fe de la comunidad equivaldría a hacer que fuera incomprensible históricamente el camino de Jesús y con Él su misión”.

El Hombre. Hijo del hombre. Arquetipo Humano. Los tres títulos o expresiones son sinónimos. El preferido por Jesús fue el de “Hijo del hombre”. Así lo demuestra la estadística siguiente: La expresión o título “Hijo de Dios” es utilizada doce veces por Mateo; siete por Marcos; diez por Lucas y nueve por Juan. “Hijo del hombre” aparece treinta veces en Mateo; catorce en Marcos; veinticinco en Lucas y doce en Juan. Ochenta y dos veces sobre treinta y ocho. Tengamos en cuenta que la expresión “Hijo de Dios” teórica y teológicamente debería tener mayor relieve, sin embargo la estadística mencionada nos confirma en que Jesús optó con preferencia por “Hijo del hombre”²⁷.

El problema, grave problema, sin duda, es pasar de Jesús a Jesucristo, del Jesús de Nazaret al Cristo de la fe o al Hijo del hombre. Dicho de otra manera: ¿Cómo la jesusología llegó a cristología o cómo

27 Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *La Realidad Suprema y su Teofanía definitiva. El Hijo del Hombre. El Hombre*, UPSA, Salamanca, 2007, 24, nota 15.

pudo ésta apoyarse sobre aquella? Creo que este es el punto neurálgico de la cuestión. La respuesta es la siguiente: Fue la resurrección personal de Jesús la que resucitó el pasado de Jesús. Fue este acontecimiento el que hizo que las designaciones utilizadas para describir el verdadero ser y quehacer de Jesús: nombres, dichos, sentencias, parábolas, enseñanzas sorprendentes... lo que hizo que la jesusología se agrandase, se magnificase y se concretase en los títulos cristológicos cuya finalidad es situarnos en el terreno del misterio.

La promesa que hace Jesús a sus discípulos sobre la visión del Hijo del hombre sobre el que suben y bajan los ángeles (*Jn 1,51*), tiene un claro paralelismo con lo que contesta al sumo sacerdote: “*Veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y venir sobre las nubes del cielo*” (*Mc 14,62*). Por tanto, Jesús está hablando desde su constitución en Señor y Cristo, en *Hijo del hombre, a partir de la resurrección* (*Hch 2,36; Rom 1,3-5*). Jesús es constituido en aquello que ya era al hacer plenamente partícipe de ello al Jesús como tal, al hombre, al que nació y vivió en nuestra historia, al Jesús histórico. Ese “molde” es llenado de lo que es propio de Cristo²⁸.

Que Jesús fue constituido en Hijo del hombre lo dice el texto de *Mc 14,62*. Aquella piltrafa humana que el sanedrín tenía delante se convertiría en el Hijo del hombre que juzgaría a los que le estaban juzgando. La diferencia con el cuarto evangelio es que Jesús en los Sinópticos es constituido en el Hijo “apocalíptico” del hombre, mientras que en Juan se prescinde del calificativo “apocalíptico”, y ello no por una desescatologuización, sino por una anticipación de la revelación futura, por una epifanía proléptica, que corresponde en gran medida a la historia del bautismo de Jesús²⁹.

El Niño de Belén fue el Arquetipo Humano que la subhumanidad de entonces necesitaba para que le enseñara a evolucionar, a ascender a Humanidad, la única especie divinizada con el Espíritu del *Innominado*. Y su llegada supuso un inenarrable premio al libe-

28 Cf. C. COLPE, *Hō Huiōs toy Anthropou*, en *TWzNT VIII*, en un amplio artículo 407-481.

29 Cf. T.H. GASTER, *Demon. Demonologie*, en *The Interpreter's Dictionary of the Bible, A-D.*, New York, Abingdon Press, 1962, 817-821.

rarnos de nuestra servidumbre material, de nuestra animalidad. Pero tal gracia sólo fue percibida, al parecer, por unos pocos y humildes pastores y por tres extraños y lejanos científicos, a los que entonces se les llamaba magos...

Ante una *Divinidad cósmica* huelgan los nacionalismos y las religiones, porque dicha Divinidad cósmica nos envió un Niño arquetípico cuya vida adulta y cuya muerte ominosa constituyeron un darse permanente a los demás, en un ejemplo amoroso único, insuperable, excepcional, y que nos promete mucho más de lo que nosotros merecemos y pedimos: "*Hoy estarás conmigo en el paraíso*" (Lc 23,43).

IV. TEMAS IMPORTANTES, AUNQUE DESCONEXOS

El cristiano no ha de tener más que una sola aspiración: *Alcanzar el reino de Dios, nuestra patria común, a través del Camino señalado por Jesús*. Todo lo demás, "todo" es pura filfa, y tiene un origen *diabólico*. Llegamos así al desarrollo de los temas apuntados:

1. *El diablo*. Yo niego a Satanás, a Belcebú, a Luzbel y compañía, en cuanto personas o entidades, porque no son más que productos de mitologías primitivas derivadas de la percepción *dualista* con que la humanidad, a lo largo de su corta historia evolucionista, ha venido definiendo los fenómenos y los acontecimientos que le han ido surgiendo, pero cuando yo expreso "diabólico" no pretendo referirme a un personaje del "más allá", sino que me atengo a la terrena realidad etimológica de la expresión griega *diábolos*, que no es otro que *el que divide, el que separa, el que acusa, el que calumnia, tendiendo a separar y enfrentar a unos humanos con otros, siempre en su propio y particular beneficio*. ¿Se entiende ahora?³⁰

La psicología moderna nos ha ayudado a entender la suplantación que se produce en el hombre atribuyendo a agentes exteriores las realidades íntimas del propio ser. Esta ley se verifica en todos los terrenos, incluso en el demonismo (aunque sería más exacto ha-

30 W. FOERSTER, *Diaballo, Diabolos*, en *TWzNT*, II, O. c., 74-76.

blar del daimonismo, teniendo en cuenta la palabra griega “daimon”, para designar al demonio). Por eso, en el lenguaje del demonismo las experiencias íntimas del hombre son consideradas como visitas recibidas del exterior.

Según la mentalidad antigua la enfermedad no es un desarrollo orgánico, sino que es debida a una mano demoníaca. Una ilustración particularmente atractiva sobre esta cuestión nos la ofrece el texto de *Is 53, 4*: La enfermedad y desfiguración del “siervo paciente” es un “golpe de Elohim”: Pero fue él, ciertamente, “quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado” (Mt 8,17).

Nos ocurre también a nosotros en nuestro lenguaje: cuando afirmamos que un hombre, o nosotros mismos, ha sido golpeado o castigado por la enfermedad, por un acceso de temor o de amor, estamos utilizando, a veces inconscientemente, el lenguaje del demonismo; el golpeador es el demonio.

El perfeccionamiento del lenguaje religioso y de la investigación psicológica tiende a transformarse más y más y a interiorizarse desde los agentes claramente externos a una mera personificación de un estado psíquico. En otras palabras, el hombre comienza a hablar del espíritu turbado en lugar de hacerlo del espíritu perturbador: Esta ambigüedad, o mejor aún, ambivalencia, tiene especial cabida en la Biblia, donde no siempre es absolutamente claro si el operante es el espíritu o es el principio o sujeto responsable sobre el que opera³¹.

Un ejemplo de la influencia del entorno cultural en la Biblia tenemos en los *siete espíritus malos*: “Yahvé te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación, de ardor, de sequía, de quemadura y podredumbre (son mencionados “siete espíritus malos”), que te perseguirán hasta destruirte” (Dt 28,22), que son tan conocidos en la literatura de Mesopotamia y son considerados, a su vez, expresamente como los agentes de Irra, el dios de la enfermedad.

Entre *el Señorío de Dios*, por una parte, y *el príncipe de este mundo*, por la otra, se ha instalado *El portador del reino de Dios*

31 Cf. B. LINDARS, *Jesús. Son of Man*, London, Eerdmans, 1983, 13.

que es Cristo, que pone fin al reino de Satanás. El es el que ha atado al fuerte (*Mc 3,27ss*); el que ha arrojado del cielo al “acusador” (*Ap 12,10*). “*Ahora es el juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera*” (*Jn 12,31*). A partir de ahora el juez único es Cristo. A Satanás le queda un breve espacio de tiempo en la tierra (*Ap 12,12*)³².

Una peculiaridad de los escritos joánicos son sus afirmaciones sobre el ser. Para catalogar la pertenencia del hombre a uno u otro mundo recurre a las afirmaciones siguientes afirmando que son:

- | | |
|------------------|-------------------|
| -nacidos de Dios | -son del diablo |
| -hijos de Dios | -hijos del diablo |

“*La relación del diablo con los hombres es como la de un padre con su hijo: la distinción entre los hijos de Dios y los del diablo es ésta: el que no practica la justicia, y el que no ama a su hermano, no es de Dios*” (*1Jn 3,10*); es una relación que determina su ser por completo. Eso justifica que sea formulada de formas absoluta: “ser de alguien”. “*Quien comete el pecado es del diablo*” (*1Jn 3,8*); “*quien ha nacido de Dios no peca: el Hijo del hombre le guarda y el Maligno no le toca*” (*1Jn 5,18*)³³.

Jesús traduce este lenguaje mediante la comparación entre el árbol bueno y el malo (*Mt 7,17*). El apóstol Pablo lo hace mediante el recurso a la oposición entre el indicativo (que es descriptivo de la realidad cristiana) y el imperativo (que es exigitivo de las obligaciones que impone) (*Col 3,5ss*).

La despersonalización del diablo se acentúa cada vez más. Flavio Josefo llega a afirmar que “*estar poseído por el diablo*” significa *ballarse bajo una gran excitación* (*Bell. Jud,I, 343; 2, 259; 7,389*). Nuestra expresión sobre el particular no se halla tan distante de lo afirmado por Flavio Josefo, cuando decimos: “*estoy*” o *alguien está que me o le llevan los demonios*”.

32 Cf. P. STUHLMACHER, *Jesús de Nazaret – Cristo de la fe*, Salamanca, Sígueme, 1996, 43, nota 39.

33 Cf. C. COLPE, *O.c.*, 144.

El papel de Satanás se hace cada vez más superfluo ante las acentuaciones del valor de la ley, de la eficacia de las decisiones humanas y de su mérito, se devalúa el papel del acusador: Satanás ejerce hoy su influencia a través de muchas mediaciones y de muchos mediadores. Pero especialmente debe subrayarse que Satanás ya no es el señor del presente eón y ni siquiera se cuenta con él para el momento del fin del mundo³⁴.

Si quieres personalizar, extiende la vista a tu alrededor por el terreno de lo religioso, de lo social y, sobre todo, de lo político, y en seguida adjudicarás al diablo muchos nombres y apellidos concretos. ¿Es que las peculiaridades humanas, llámense étnicas, políticas, económicas o religiosas ¿no son buenas?

Todo es bueno si su finalidad es la evolución positiva de la humanidad. Pero lo que por naturaleza puede ser bueno en su origen, cuando en su devenir histórico se pretende monopolizarlo en beneficio de un clan o grupo determinado, necesariamente excluyente, ya se convierte en malo, porque todo *lo excluyente, lo que separa, es diabólico*. Todas las etnias, patrias y religiones tuvieron su razón de ser en sus propicias épocas históricas como caminos de evolución, pero hoy, en el siglo XXI, cuando el planeta Tierra se nos ha quedado pequeño, es evidente que resultan nocivas, lesivas, perjudiciales y, cuanto antes desaparezcan en pro de la armonía común, ¡mejor!

Debe ser urgentísima, especialmente para los humanos sinceramente cristianos, la necesidad de un entendimiento armonioso con todos, de una eficaz justicia social, de una orientación más cultural y espiritual que pedagógico-política, más ecológica que economicista. ¿Se ha comenzado a recorrer este camino?

Mi religión será el amor fraterno, mi patria el Universo, mi idioma el que me permite entenderme mejor con mis hermanos, y mis intereses los comunes a la Humanidad. ¿Pero *a los que nos gusta* nuestra Navidad, nuestra religión, nuestra patria, nuestra lengua...

34 Cf. W. JÄGER, *En busca del Sentido de la Vida*, Madrid, Narcea, 1995, 88; bajo el título *Espiritualidad catafática y apofática*, explica con admirable claridad el sentido de estas dos clases de oración, optando por la *Sin imágenes* de la Divinidad.

como a la mayoría? Decimos que la Navidad es sagrada... Esto nos lleva a la precisión de lo Sacro y no sacro o profano.

2. *Sacro y no sacro o profano.* En mi opinión, *lo que resulta herético en el año 2008, es creer que exista algo que no sea sacro, que no sea de Dios.* La tradicional percepción dual de las cosas, mal usada por los adocrinadores religiosos a través de los siglos, ha deformado de tal manera nuestra cultura, que la misma ha llegado a constituir un lastre asfixiante para su necesaria y cristiana evolución. *Por eso insisto en la necesidad perentoria de un nuevo Paradigma religioso.*

Cuando los primitivos homínidos, en su Evolución, decidieron descender de los árboles para vivir en adelante con la cabeza erguida, ya atribuían los muchos fenómenos naturales a los que se enfrentaba su rudimentaria comprensión a causas anormales que rebasaban sus aún menguados alcances mentales, y los sacralizaban. *Entonces surgió la dicotomía entre lo Sacro y lo Profano*, que, a lo largo de la Historia, ha servido para legitimar y encubrir con la sacralidad a todos los poderes oprobiosos que se han opuesto a la Libertad, a la Fraternidad y a la Justicia humana que, a mi juicio, son los constituyentes más genuinamente Sacros del patrimonio heredado del Abba (*Origen amoroso*), de Jesús de Nazaret y de la Humanidad.

Se nos ha inculcado que lo Sacro es propio de la Deidad y lo Profano de este Mundo, que, junto al demonio y la carne, son “los tres enemigos del alma”, el hálito vital del individuo humano que debe estar siempre mansamente sometido a lo Sacro, o sea a lo encumbrado en el poder religioso o tiránico. Esta triple falacia, que ha servido a tantos farsantes cargados de poder para mantener en un puño preñado de temerosa ignorancia, a lo largo de los siglos, a tantos explotados humanos es, insisto, una grotesca y cruel mentira que todo aquel que se sienta auténticamente cristiano está obligado a denunciar y a dismantelar. El demonio es incompatible con la amorosa Divinidad y, ¿acaso no es obra de ésta el Mundo... y la carne?

De muchas formas se ha definido a la Deidad en la historia de nuestra cultura religiosa greco-judeo-cristiana, siempre antropomórfica y machista: el dios geómetra de pitagóricos y platónicos; el dios relojero de Kepler, Newton y Laplace; el dios matemático de Galileo, Descartes y algunos pensadores modernistas; el dios computador

cósmico de algunos deslumbrados por la sorprendente y actual era industrial.

El enfoque dualista es nefasto. Dios acá y nosotros allá (o viceversa). El templo es sagrado y la librería de enfrente, profana. El cura, sagrado, y el seglar, profano. ¡Faltaría más! Y no digamos nada si en lugar de tratarse de “el seglar”, tratamos de “la seglar”... ¿No es, lo que resalto irónicamente, algo más que un jocosos trasunto del Derecho Canónico vigente, compendio de leyes medievales que otorgan al clero todos los privilegios y al seglar ninguno, salvo el derecho al pataleo? ¿Ya lo saben los seglares? ¿Y una Jerarquía que no sólo permite, sino que avala, la tremenda injusticia expuesta puede denominarse cristiana?... ¡Si a Jesús le condenó el Sanedrín, el sacro clero de entonces! ¿Acaso niegas la posibilidad de que hoy pudiera repetirse la historia?

Cuando yo rechazo el dual “sacro-profano” es porque considero que *Todo es sacro*, puesto que todo es obra de Dios. Teniendo en cuenta la definición de la creación, “Dios que se da”, se deduce que “Todo es Dios”. Es a la vez Todo... ¡y Dios! La nube que ahora nos cubre es Dios como nube, las plantas, o el Ordenador son Dios como planta o como Ordenador. Si amo a todas las cosas, amo a Dios en ellas, *pero reconociendo que Dios es más que todas las cosas.* “¿Cómo puedes amar a Dios a quien no ves, si no amas al prójimo a quien ves” (1Jn 4,20).

La sagrado, la sacralidad, fue siempre considerada como atributo de lo divino. Pero en el NT tenemos una actitud de reserva frente a las doctrinas “espiritualistas”. Además atengámonos a determinaciones afirmaciones del NT: “*Toda criatura de Dios es buena y nada hay reprobable tomado con nacimiento de gracias, pues con la palabra de Dios y la oración queda santificado*” (1Tít 4,4-5); “*No destruyas por amor de la comida las obra de Dios. Todas las cosas son puras, pero es malo para el hombre comer escandalizando*” (Rom 14,20); “*Todo es limpio para los limpios, mas para los impuros y para los infieles nada hay puro, porque su mente y su conciencia están contaminadas*” (Tít 1,15).

Esto me trae a la memoria la pregunta que un alumno hizo a Heidegger (+ 1976) después de escucharle una lección, le espetó:

Profesor, ¿Ud. cree en Dios? Y el preguntado respondió: Si Ud. es capaz de decirme lo que entiende por Dios, entonces le diré si creo o no creo.

Dios es *Omnímodo, Omnipotente, es todo*, luego si es TODO, y yo soy una parte del Todo, soy Dios como una persona designada por su nombre, es decir, *soy efecto de una Causa Primera*, pero no soy la causa primera.

3. *La oración*. Con una idea tan abstracta de la Divinidad, ¿cómo es posible *orar*? Dicho lo anterior, debiera aceptarse que sobran *las oraciones de petición*. En todo caso, admitiría las tendentes a la elevación del Espíritu que, en mi opinión, es la realidad o el nexo que liga a las partes en ese *Todo*. Dicho de forma más inteligible, me parece lógica la petición o súplica de ayuda para poder encarar mejor cada circunstancia del futuro, para estar más abierto a la evolución, a la entrega a los demás.

La oración de un pobre negro, inculdo, humilde y sencillo, al que preguntó una catequista cómo hacía la oración. El respondió: *“Cuando me levanto en la mañana dirijo mi mirada al cielo y digo: ¡Señor, aquí está Juan!”*. Es la parte de Juan sintonizando con el *Todo*, que es Dios.

Otra oración positiva, en mi modesta opinión, es dar gracias a la *Causa Primera*, por sentirme su efecto o, como me agrada más, *Emanación*, porque como tal me haya brindado la oportunidad de coadyuvar en su portentosa creación, porque me haya concedido el don de intuirlo, de vislumbrarlo, de amarla, porque me haya liberado de prejuicios religiosos y de falsas imágenes idolátricas, *porque me haya elegido como Espíritu para realizar la gran experiencia Material*, porque me haya permitido comprender que sólo hay una forma de poder corresponder a la Gracia abierta, por lo demás, a todo el humano que lo pretenda. *¡Amando a la Creación, que es Dios que se da en todas las criaturas!*

4. *La Gloria* ¿*Qué sentido tiene la gloria*, si en ella no me encuentro con los míos? Debemos entender la gloria como unas especie de retorno del *Efecto*, que soy, a la *Causa Primera*, Dios, después de haber rendido la misión de coadyuvar, en la medida requerida

por él, en la Evolución espiritual de la Materia, en su complejidad, en su proyectada nobleza.

En todas las religiones (que no son más que caminos, *no metas*), el objetivo final del humano es alcanzar la *Perfección*, llegar al Padre, Causa o Realidad Vacía, Nirvana, Brahman... ¿qué importa el nombre? Y una vez en el Abba propuesto por Jesús, ¿no estaremos a la vez en nuestra esposa, en nuestros hijos y en nuestros padres, gloriosos y no viejos y achacosos, si ellos y nosotros nos hemos hecho acreedores al salario? Recordemos la parábola de los Talentos... y al que lo escondió la suerte que corrió. El que falla es por su propia negligencia o dimisión, *porque así lo ha decidido en el pleno uso de su libertad*, y no por condena de nadie. Pensar en condenas, incluso temerlas, es blasfemar.

El cuanto al tiempo que nos separa de nuestros seres queridos, *recordemos*: según la Física, para Dios o lo Espiritual no existe tiempo, que sólo afecta a la materia, y “allí” seremos como él, Espíritu. ¡Sí, Sí! Hazte cuenta de que, según me consta fehacientemente, tus abuelos, padres, tu esposa, tus hijos y tus tataranietos, sois contemporáneos. Así que no existe el problema. Olvídate del tiempo.

Bíblicamente hablando, la gloria es lo más divino de Dios, la forma divina de su ser y de su quehacer. La fama, el honor, la majestad y la magnificencia –que es el significado de la gloria-*doxa* en el mundo griego– ha sido sustituida por el “*biblicismo*” creado por Jesús que, en cuanto el acontecimiento escatológico perfecto, es la manifestación de la gloria, es decir, del Dios bíblico que quiso hacerse visible. Desde entonces, el concepto griego de la gloria-*doxa* debe pasar por el tamiz de la persona y de la obra de Jesús de Nazaret para poder hablar de la gloria de Dios, de su honor, de su magnificencia y esplendor, de su poder y demás atributos característicos.

a. *Relación de Cristo con la Gloria*. Ya en el AT la gloria-*kabod* es Dios mismo en cuanto que se manifiesta. La peculiaridad del NT consiste en hacer extensible a Cristo la misma gloria que el AT atribuía a Dios. Precisamente por eso, Jesús es el Señor de la gloria:

“Hemos visto su gloria” (Jn 1,14). “El misterio de la piedad (Cristo) ha sido levantado a la gloria” (1Tim 3,16). “Dios resucitó a

Jesús de entre los muertos y le colmó de gloria, para que creáis en él” (1Ped 1,21). Junto al Dios de la gloria, está “el Kyrios de la gloria” (1Cor 2,8).

b. *Tensión entre el deseo y la realidad.* La esperanza y escatología del AT se caracteriza por el deseo y la promesa de ver la gloria:

Moisés asegura a toda la asamblea que “*se manifestará la gloria de Yahvé, si ofrecen rectamente los sacrificios*” (Lev 9,6). El nuevo Éxodo de Babilonia a Palestina, cargado de dificultades por la travesía de un desierto inmenso e inhóspito, vale la pena porque “*va a mostrarse la gloria de Yahvé y todos la verán*” (Is 40,5).

La del NT está centrada en la epifanía y en la revelación (Apocalipsis) de su gloria (la de Cristo):

“Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros (1Ped 4,13). La esperanza del AT había sido formulada por el judaísmo en los términos siguientes: “En el eón venidero, cuando haya traído mi shekina (= habitación-presencia) a Sión, me revelaré con mi gloria (= kabod) a todo Israel y así verán y vivirán para siempre”³⁵.

Referencia a los cinco verbos en los que Pablo expresa el contenido esencial de la existencia cristiana (Rom 8,29-30).

Doxa (... das grichische Wort durch Biblizismus ersatz. G. Kittel, en *TWzNT*, II, 250³⁶.

En el NT el aspecto mencionado de la visión se halla superado por el de *la participación*. Mi último día discurrirá en la contempla-

35 Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Mi último día* (Mi última lección en la Universidad Pontificia de Salamanca, 22 de mayo de 1998). Para este tema más ampliado, cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, *Sucedáneos divinos*, en *Naturaleza y Gracia* 55 (2008) 639ss.

36 F. FERNÁNDEZ RAMOS, “*Jesús, en cuanto el acontecimiento escatológico, es la manifestación de la gloria, de la doxa. Ver el rostro de Cristo, la gloria que él revela, significa ver al Dios invisible. El evangelio de Juan lo formula de esta manera: “Quien me ve a mí, ve al Padre (Jn 12,45; 14,9). Él es reflector de la gloria divina, de Dios mismo” (Mi último día, O.c., 42). Cf. F. FERNÁNDEZ RAMOS, La Metamorfosis del creyente, en Salmanticensis 43 (1996) 220-222.*

ción de la gloria. Y la esperanza de la gloria y de nuestra participación en ella es segura porque no se apoya en nosotros, sino en la comunicación que se nos da de la misma: *“Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces, también vosotros apareceréis gloriosos con él” (Col 3,4)*³⁷.

La participación en la *doxa-gloria* es la participación en Cristo, unas veces en la esperanza y otras en la plenitud de la consumación. La acción de Dios a favor de los hombres alcanza la finalidad que se había propuesto en la resurrección. Del mismo modo su llamada inicial (su *kaleîn* o vocación-llamada) alcanza su culminación en la vida eterna, que es la finalidad de la llamada: *“Así, cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria. Y el Dios de toda gracia, que os ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de un corto sufrimiento, él mismo os restablecerá, os fortalecerá, os robustecerá y os consolidará” (1Ped 5,4.10)*.

Esto explica que la gloria sea el objeto de la esperanza cuya certeza es, *al mismo tiempo, motivo de la gloria (Tim 5,2)*.

5. *Liberación de lo encadenado*. En el tiempo presente, el hombre, alejado de Dios, apenas vislumbra –y difícilmente puede dejar traslucir– la forma o el modo divino conforme a los cuales y para los cuales fue creado, *pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios (Rom 3,23)*. Los gemidos y dolores de parto (de los que habla san Pablo), los anhelos actuales están orientados a *“la gloria que ha de manifestarse en nosotros y a participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios” (Rom 8,18.21)*.

Esto significa que el hombre participa en la gloria no en la actualidad, sino en la vida plena ultramundana: *“Se siembra en ignominia y se cosecha en gloria” (1Cor 15,43)*.

Naturalmente que, de lo dicho anteriormente, puede deducirse que la participación de la gloria no se limita al futuro. Hay algunas afirmaciones que la sitúan claramente en el pasado:

37 G. KITTEL, *Doxa*, en *TWzNT*, II, p. 250 (...das grichische Wort durch Biblizismus ersetzt).

“Enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria” (1Cor 2,7).

El último de los cinco verbos con los que Pablo describe el plan divino de la salvación es *la glorificación*: conocimiento previo, predestinación a ser conformes con la imagen de su Hijo, llamada-vocación, justificación, *y a los que justificó a estos también los “glorificó” (Rom 8, 29.30).*

Mi último día es el del encuentro definitivo con Dios en el que comenzará la contemplación plena de la gloria-*Doxa*³⁸.

38 Referencia a los cinco verbos en que San Pablo expresa el contenido esencial de la existencia cristiana (*Rm 8, 29-30*).